

B O L E T I N E S

ALGUNAS OBRAS Y DOCUMENTOS SOBRE EL COMUNISMO

En España es muy escasa la producción literaria sobre el Comunismo, especialmente desde la Cruzada de Liberación. La verdad es que la filosofía comunista no ha tenido adeptos entre nuestros intelectuales y filósofos ni ha calado tampoco en la mente de las masas españolas; ni siquiera en aquellos que se enrolaron en la avalancha de la revolución, simpatizando, más o menos, con la solución práctica propuesta por el Comunismo.

Si en todas partes “sólo unos pocos, fuera de los propios dirigentes comunistas, saben, en realidad, algo sobre su filosofía” (Fulton), de los comunistas españoles puede asegurarse particularmente, pues ni los propios dirigentes han dejado constancia de su información y persuasión doctrinal por la filosofía marxista. No han pasado de ser unos laicos, teóricamente despreocupados, y prácticamente combatientes por una organización social que colmara sus aspiraciones y necesidades. Por eso mismo, aparte de la táctica superior comunista de siempre, su programa presentó el comunismo a la masa ignorante y desheredada como una teoría y una solución económica más justa, como la defensa y liberación del obrero, y como la lucha y superación del colectivismo sobre el individualismo, o más bien, como una distribución más equitativa de los bienes dando al que no tiene y quitando al que le sobra. Así logró penetrar en muchas mentes, adormecidas en nuestra arraigada fe cristiana, y envenenar algunos corazones pervertidos hasta desbordar el odio y la persecución.

Por eso nuestra solución es también más práctica que teórica, aunque nunca sobraría que todos conociéramos a fondo la amplitud y perversidad de las concepciones marxistas.

En el extranjero, el desarrollo del comunismo ofrece otros caracteres y atraviesa un periodo muy distinto. Por eso la lucha doctrinal presenta también mayor interés, y van apareciendo obras científicas sobre la filosofía de Marx, monografías sobre sus diversos aspectos teóricos y soluciones prácticas, y folletos de divulgación y refutación, a tono con la lucha que se desarrolla en la calle.

Véase, por ejemplo, algunos escritos entre la producción literaria

social italiana de estos últimos años (1), y lo mismo sobre la francesa (2).

Entre nosotros, en cambio, corren ya bastantes de esos escritos extranjeros traducidos y bien presentados, como los de Gurian (3), Mc Fadden (4), Fulton (5), Lacroix (6) y Berdiaeff (7). Su lectura con la de otros varios como Laski (8), Wetter (9), Gregoire (10), Röpke (11),

(1) Véase, por ejemplo:

GEORGES GOYAU: *I sovietti contro Dio*. Firenze, edic. Fiorentina, 1930.

A. R. Z.: *Bolscevismo obbrobrio dell'uomo*. Firenze, edic. Vallerchi, 1941.

ANGELO BRUCCULERI, S. I.: *Il Comunismo*. Roma, edic. La Civiltá Cattolica, 1944.

Id. Id.: *L'Economia Sovietica*. Id., id.

ALBERTO CANALETTI G.: *La socializzazione Agraria nell' U. R. S. S.* Roma, edic. Capriotti, 1944.

CVIS: *Ensenza del Comunismo*, Como, edic. Cristallo, 1945.

S. MORA e P. ZUHERNIAC: *Giustizia Sovietica*. Roma, edic. Magi Spinetti, 1945.

PIÓ BONDIOLI: *Storia del Comunismo*. Milano, 1945.

TOMASO NAPOLITANO: *La Famiglia sovietica*. Roma, edic. Della Bussola, 1946.

GUSTAVO A. WETTER, S. I.: *Il materialismo dialettico sovietico*. Torino, edic. Einaudi, 1948.

(2) Entre otros:

R. P. DELAYE: *Pour connaitre le Communisme*. París, Spes, 1936.

A. ETCHÉVERRY: *La Philosophie du Communisme*, en *Archives de Philosophie*, vol. XV, cap. II. París, Beauchesne, 1936.

G. FESSARD: *La main tendue. ¿Le Dialogue catholique-communiste est-il possible?* París, Grasset, 1937.

F. MAURIAC: *Le Comunismo et les Chrétiens*. París, Plou, 1937.

R. P. COULET: *Communisme et Catholicisme. Le Message chrétien*. París, Spes, 1939.

M. SCHERER: *Communistes et Catholiques*. París, edit. Du Cerf, 1936.

E. RIDEAU: *Séduction communiste et Réflexion chrétienne*. París, La Proue, 1947.

R. VANCOURT: *Qu'est-ce que le Communisme?* Lille, S. A. I. E. N., 1947.

ROBERT ARON: *De Marx au Marxisme, 1848-1948*. París, 1948.

C. VAN OVERBERCH: *Karl Marx. Son Oeuvre. Bilan du Marxisme*. Bruxelles, Office du Livre, 1940.

Id.: *Karl Marx. Critique de son Economie politique*. Bruxelles, 1949.

Id.: *Le Marxisme. Exposé et critique de son Economie politique*. Bruxelles, 1949.

H. C. DESROCHES: *Signification du Marxisme*. París, Les éditions ouvrières, 1949.

(3) WALDEMAR GURIAN: *El bolchevismo*. (Estudio histórico y doctrinal.) Traducción de Emilio M. Martínez Amador. Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 1932.

(4) CHARLES J. MC FADDEN: *La Filosofía del Comunismo*. Traducción del R. P. López Cilleruelo. Edit. S. E. V. E. R.-Cuesta. Valladolid, 1949.

(5) FULTON J. SHEEN: *El comunismo y la conciencia occidental*. Traduc. de León Mirilas. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1951.

(6) JACQUES MARITAIN-JEAN LACROIX: *El hombre cristiano y el hombre marxista*. Traducción de Luis Ferminando Carvallo. Colec. Estudios Sociales. Santiago, 1950.

(7) NICOLÁS BERDIAEFF: *El Cristianismo y el problema del comunismo*. Traduc. de María de Cardona. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1947. (6.ª edición.)

(8) H. J. LASKI: *Comunismo*. Traduc. de M. S. Sarto. Labor, 1929.

(9) GUSTAVO A. WETTER, S. J.: *Il materialismo dialettico sovietico*. Einaudi Editore. Torino, 1948.

(10) FRANZ GREGOIRE: *La pensée communiste*. Louvain. Editions Universitaires, 1950.

(11) WILHELM RÖPKE: *La crisis social de nuestro tiempo*. Traducción de Juan Medem Sanjuán. "Revista de Occidente". Madrid, 1947.

E. Charles (12), Brucculeri (13), Núñez (14), Colomer (15), Arrese (16), etcétera, nos lleva a recoger algunas observaciones sobre los aspectos más destacados en la línea teórica y en la práctica proselitista del comunismo mundial.

Cuatro son los aspectos generales más notables que observamos en la literatura sobre el comunismo, a veces destacados por un mismo autor, aunque más corrientemente unos destacan uno sólo y otros otro. El primero es el *aspecto psicológico vital*, en que se refleja su poder de atracción y conquista; el segundo, un *aspecto intelectual y científico*, con la proposición de sus postulados doctrinales y su riguroso desenvolvimiento; el tercero, el *aspecto histórico social*, estudiando principalmente las causas de su desarrollo y, en particular, el ensayo y aplicación del marxismo al pueblo ruso. Y, por último, *la lucha frente a la religión y la Iglesia*, única fuerza capaz de detener y rebatir la expansión universal del comunismo.

I.—Misticismo comunista.

En el plano vital, los escritores y conferencistas han hecho ya familiar la expresión “mística del comunismo”, expresión que no puede menos de desconcertar cuando se oye por primera vez.

¿Qué se entiende, efectivamente, por “misticismo comunista”? Es una especie de obsesión pseudo-mística que el marxismo logra engendrar en sus más fieles adeptos. Una fuerza íntima de persuasión, de expansión y de conquista con que subyuga y arrebatá. Esa voluntad terrible es un hecho que el mismo Pontífice Pío XI reconoce en la Encíclica “*Divini Redemptoris*”: “El comunismo de hoy, de modo más acentuado que otros movimientos similares del pasado, contiene en sí una idea de falsa redención. Un pseudo-ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo, penetra toda su doctrina y toda su actividad de cierto falso misticismo, que comunica a las masas, halagadas por falaces promesas, un ímpetu y entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro, en el que de la defectuosa distribución

(12) H. C. DESROCHES: *Signification du marxisme*. Editions ouvrières. París, 1949. pág. 397.

(13) ANGELO BRUCCULERI, S. J.: *Il Comunismo*. Edit. “La Civiltà Cattolica”. Roma, 1947.

(14) FRANCISCO NÚÑEZ: *De Hegel a Stalin*. Edic. “Apis”. Rosario, 1939.

(15) EDUARDO COMÍN COLOMER: *Ensayo crítico de la doctrina comunista. Marx y el marxismo*. Publicaciones Españolas. Madrid, 1949.

(16) JOSÉ LUIS ARRESE: *Capitalismo, Comunismo, Cristianismo*. Edic. Radar. Madrid, 1947.

de los bienes de este mundo se ha seguido una miseria casi desconocida" (17).

Falsa idea de redención, pseudo-ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad, ardor y entusiasmo contagioso. Este es el hecho. El marxismo logra despertar una fe inquebrantable en su ideal, un entusiasmo individual y colectivo desbordante por realizarlo y una voluntad de lucha y sacrificio por su triunfo, unidos a un desprecio aniquilador hacia sus enemigos, troquelados en la actual organización burguesa del mundo, injusta y opresora.

Desconocer esta psicología sería valorarlo superficialmente, por más que se resalten los factores extrínsecos y materiales que coadyuvan eficazmente a su expansión universal.

Tenemos que conceder, ante todo, que el comunismo tiene sus maestros y convencidos intelectuales. Más aun, quizá ellos son su mayor fuerza y el mayor peligro para el mundo anticomunista. Wilhelm Röpke escribe: "El socialismo no nace impuesto por la necesidad del proletariado industrial, sino de *cerebros académicos e intelectuales*, y aquí es también, por lo mismo, donde radica la mayor amenaza para la sociedad y donde urge poner remedio" (18).

Ya Pío XI lo había advertido: "Y como todo error contiene siempre una parte de verdad, este aspecto verdadero al que hemos hecho alusión, puesto astutamente ante los ojos, en tiempo y lugar apto para cubrir, cuando conviene, la crudeza repugnante e inhumana de los principios y métodos del comunismo bolchevique, seduce aún a espíritus no vulgares, hasta llegar a convertirlos en apóstoles de jóvenes inteligencias poco preparadas aún para advertir sus errores intrínsecos" (19).

Por otra parte, exige un asentimiento incondicional a sus postulados, haciendo de ellos una religión al revés. "Se afirma esa posición como un dogma y se hace de ella como una religión, por eso esa obsesión cobra categoría de pseudo mística... La doctrina comunista engendra fácilmente un cierto misticismo por lo mismo que ella es una especie de religión al revés. ¿Podría explicarse de otro modo el entusiasmo y el ardor con que los comunistas de verdad—no los que lo son por cálculo—se entregan al servicio de la propia causa con sacrificio, a veces hasta de la propia vida?" (20).

Además presenta su ideal y sus atrayentes promesas con suma habilidad y seducción. De un lado, parte *del hecho real* de las injusticias del orden social existente; de otro, asegura la redención por la implantación de la justicia transformando este mundo económico y social hasta crear una nueva etapa de la humanidad, estrictamente materialista,

(17) JOAQUÍN AZPIAZU, S. J.: *Direcciones Pontificias en el orden social*. Editorial Bibliográfica Española. Madrid, 1944. Pág. 297, núm. 8.

(18) *Ob. cit.* pág. 196-197.

(19) *Ob. cit.*, pág. 300.

(20) NÚÑEZ: *Ob. cit.*, pág. 191.

pues el hombre logrará su destino y verdadera felicidad en esta vida terrena. “Pero ¿cómo puede ser—pregunta Pío XI—que semejante sistema, superado desde hace mucho tiempo en el terreno científico y refutado por la realidad práctica; cómo puede ser, decimos, que semejante sistema pueda difundirse tan rápidamente en todas las partes del mundo?” La explicación está en el hecho de que son muy pocos los que han podido penetrar la verdadera naturaleza del comunismo; los más, en cambio, ceden a la tentación, hábilmente presentada bajo las promesas más delumbradoras. Bajo pretexto de querer tan sólo mejorar la suerte de las clases trabajadoras, quitar abusos causados por la economía liberal y obtener una más justa distribución de los bienes terrenos (fines, sin duda, del todo legítimos), y aprovechándose de la crisis económica mundial, se consigue atraer a la zona de influencia del comunismo aun a aquellos grupos sociales que por principio rechazan todo materialismo y terrorismo (21).

Entre los autores que exponen con mayor vigor y serenidad las características concretas de este ideal marxista, de donde arranca la íntima fuerza seductora del comunismo, figura el profesor Jean Lacroix en su estudio psicológico de “El hombre marxista”. De él nos dicen los editores de la colección “Estudios Sociales” que “la penetración y serenidad de su análisis resultan admirables”. Se propone, desde luego, hacer una descripción de la mentalidad marxista más sincera sin entrar en discusión ni crítica. Únicamente insinúa de cuando en cuando alguna dificultad y no cae expresamente en el extremo conciliatorio entre marxismo y cristianismo, que los mismos editores alaban apoyados en la autoridad de Desroches en su obra “La significación del marxismo”, cuya generosa actitud demuestra más la buena intención e ingenuidad de los autores, que la vitalidad y amplitud del pensamiento católico, pues no puede apoyarse en imposibles conciliaciones doctrinales ni manos tendidas, como sabiamente nos advierte la Iglesia.

He aquí algunos puntos concretos de ese aspecto vital y atrayente del marxismo.

a) *El “hombre-nuevo”, libre y regenerado.*

“Sin duda se comienza a comprender que el marxismo no es propiamente un sistema objetivo de explicación del universo, sino más bien una voluntad terrible de crear un hombre nuevo” (22). El anhelo supremo de su ideal es un nuevo humanismo que libre y regenere al hombre. El marxismo, pues, “no persigue preferentemente la construcción de un sistema filosófico, político y económico, sino la formación de un “hombre-nuevo”. Miles de veces—añade Lacroix—las tesis de Marx han sido refutadas... Y, sin embargo, el marxismo continúa viviendo en el

(21) *Ob. cit.*, pág. 299.

(22) LACROIX: *Ob. cit.*, pág. 60.

corazón y el espíritu de millones de hombres y animando el más importante movimiento social de nuestra época. Precisamente esa "otra cosa" es lo que nosotros quisiéramos tratar de penetrar... Lo que nos interesa ante todo conocer, no es esta o aquella tesis de Marx, sino el tipo de hombre que, instruido por Marx, Lenin y Stalin, el movimiento comunista está elaborando y que ya parcialmente ha realizado" (23).

Ese hombre nuevo es el hombre libre. Las raíces marxistas toman su jugo de la concepción liberal sobre el hombre naturalmente bueno. La fe en el hombre es su primer dogma filosófico. Pero a poco que analiza, se encuentra con la opresión y esclavitud que la mayoría de los hombres padecen, y de ahí el grito de liberación. "La filosofía comunista reclama para sí el derecho a ser considerada como la más concreta, más que la existencialista sartriana, por ejemplo, por cuanto su preocupación preferente es hacer cesar la esclavitud del hombre y no se limita como la existencialista a describir la existencia del individuo. El hombre tiene en el marxismo una teoría bien determinada: llegar a ser libre porque en su totalidad no lo es, conquistar su ser objetivo, ser verdaderamente humano" (24).

b) *Nueva concepción de los valores.*

El marxismo aparece como negativo y destructor, pero no es una mera negación de los valores, sino una manera de entenderlos de otro modo, aunque no concibe la realización de su ideal sin el aniquilamiento del orden presente.

Ante todo niega la trascendencia de esos valores y por eso se considera verdaderamente humano. Los valores no están ni fuera ni por encima del hombre, antes bien son immanentes a la humanidad y a su historia.

Y, concretamente, los valores reales son los de las clases proletarias, porque "la clase ascendente y conquistadora es siempre la portadora de los más altos valores de su tiempo" (25), y ésta es la clase trabajadora.

En cambio, los valores actuales son producto de una época de decadencia, a la que pondrá fin el triunfo de la clase proletaria. "No se trata de refutar en sí mismas las diversas filosofías modernas, sino de demostrar que son todas el producto de una época de decadencia. Sólo el triunfo de la clase conquistadora, portadora, a su vez, de los más altos valores racionales, puede poner fin a esa decadencia" (26).

c) *Táctica esencialmente realista, concreta y operante.*

El marxismo es un método más bien que una teoría. "Es necesario comprender bien—y esto es exactamente lo que significa la noción de

(23) *Ob. cit.*, págs. 33-34.

(24) *Ob. cit.*, pág. 46.

(25) *Ob. cit.*, pág. 51.

(26) *Ob. cit.*, pág. 31.

“praxis”—que el marxismo es, al mismo tiempo e indisolublemente, un método de análisis de la realidad y un método de acción sobre la realidad” (27).

La filosofía—modo de existir aparte de la historia y del mundo—es inadecuada a su propio objeto: la existencia humana, y por eso debe ser superada. “El marxismo es precisamente esa superación de la filosofía” (28). Más que principios y dogmas es ejecutoria concreta en continuo flujo y adaptación al momento. “El comunista no es alguien que haya construido un sistema ideal y quiere realizarlo; es únicamente aquél que analiza la situación histórica en la cual se encuentra y vive tan plenamente como le es posible el movimiento liberador que debe conducir al desenlace de la situación”. El comunismo—dice Marx—no es para nosotros un estado que deba ser creado, un ideal destinado a orientar la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento efectivo que suprimirá la situación presente” (29).

Por eso el hombre marxista es un luchador. “No se comprendería nada de la psicología de un comunista si no se comenzara por ver que está en estado de guerra total con la sociedad presente” (30). Acampa en ella como un enemigo, siempre alerta, para combatirla y aniquilarla, porque esa situación social es la que engendra la mentalidad y conciencia humana y para modificar éstas hay que destruir aquélla.

d) *Optimismo progresista y revolucionario.*

La humanidad camina necesaria e irresistiblemente hacia su liberación y perfeccionamiento. El medio precisamente de lograr ese progreso es la revolución, que es el combate por la salvación y triunfo de la humanidad. A través de ese esfuerzo doloroso y destructor, la humanidad logrará su verdadero progreso y su paz definitiva.

La revolución va por etapas: destrucción del régimen social presente, victoria del proletariado y establecimiento de la futura sociedad sin clases. Todo ello es inevitable, pues la última causa está por encima de la voluntad de los hombres. La constituye el conflicto entre el modo de producción y el tipo actual de sociedad o injusta distribución de los bienes. Con todo, el hombre, sobre todo la masa obrera, debe colaborar para acelerar y precipitar el proceso de la revolución.

Esta revolución ha de ser distinta de todas las revoluciones burguesas. No se trata de sustituir un grupo por otro, sino de aniquilar para siempre a los explotadores. Por eso es esencial que sea violenta hasta demoler el régimen de opresión reinante. Y ha de ser universal, imponiendo en todos los pueblos la dictadura del proletariado como fórmula transitoria hacia el nuevo estado de auténtico y pleno comunismo.

(27) *Ob. cit.*, pág. 36.

(28) *Ob. cit.*, pág. 35.

(29) *Ob. cit.*, pág. 39.

(30) *Ob. cit.*, pág. 48.

De aquí que la revolución sea también la suprema norma de moralidad. No existe ninguna otra, trascendente, exterior y superior a los actos humanos. Acto moral es el acto progresista, pues el progreso es el verdadero bien y fin de la humanidad. Todo lo que coopere a él es bueno, y todo lo que se oponga es por lo mismo malo. La revolución no sólo coopera, sino que es imprescindible al verdadero progreso. No importa que repugne, a primera vista, esa violencia y conmoción destructora y catastrófica que implica. El final será el orden, la paz y la liberación de la humanidad entera. Y aquí está su justificación.

Por esa conquista definitiva de la humanidad, el proceso más violento se justifica plenamente, no porque el fin justifique los medios, sino porque éste es un medio absolutamente necesario, exigido intrínsecamente por el fin, y, en consecuencia, tan noble y excelso como el mismo fin.

El marxista, pues, rechaza también la fórmula de que el fin justifica los medios. "La comparación con el cristianismo—manifiesta Lacroix—es instintiva. El cristiano, dice el marxista, no admite que el fin justifique los medios. Admitido, significaría que un medio al cual no está vinculado el fin de un modo intrínseco e inmanente, podría estar justificado desde fuera de alguna manera, por una relación extrínseca con el fin. Pero admite que quien quiere el fin quiere los medios, es decir, que el medio lleva en sí mismo la presencia y la inmanencia del fin que debe ser obligatoriamente deseado. Si un medio, en efecto, debe ser rechazado, es porque, en realidad, y a pesar de las apariencias, no conduce a la salvación de las almas, pero si él es verdaderamente salvador, el verdadero cristiano no debe dejar de emplearlo. ¿No se realiza en él la identidad del camino y del objetivo? Sucede lo mismo con el hombre marxista. Porque ser moral es ser progresista, el marxista elige necesariamente el medio que es auténticamente un progreso de la humanidad" (31).

No es difícil de descubrir el fallo de este razonamiento, pues aun cuando se pudiera admitir su sinceridad, parte del falso supuesto de que ese progreso sea verdadero, y que esos medios son necesarios y eficaces para lograr la liberación y la ansiada prosperidad del mundo. De todos modos queda en pie esa posición optimista del marxismo, siquiera sea subjetiva. Y bien optimista y subjetiva, por cierto, ya que las sumas negativas han de dar un resultado positivo y las contradicciones y la destrucción culminarán por sorpresa y arte maravilloso en la reconstrucción final. "Hay en el marxismo un extraño optimismo, próximo por algunos lados al optimismo del siglo XVIII. A fuerza de contradecirse, las contradicciones no pueden menos de destruirse; a fuerza de negarse, las negaciones no pueden menos de llegar a la afirmación total" (32).

(31) *Ob. cit.*, pág. 53.

(32) *Ob. cit.*, pág. 55.

c) *Exaltación del trabajo y del proletariado.*

La expresión quizá más concreta de la mística del comunismo es la *mística del trabajo* y la *mística de la producción*, que son las fuentes de la abundancia y bienestar futuros, pues nos han de dar la conquista del universo. "Hay en el comunismo una mística del trabajo, una mística de la producción—escribe también Lacroix—. Pero esta mística no es de ninguna manera una mística del confort y del bienestar absolutos, lo que no impide que en un tiempo futuro exista abundancia para todos. Es más bien una mística del dominio de la naturaleza y de la conquista del mundo" (33).

En el trabajo radica el verdadero humanismo comunista. El trabajo, en primer lugar, perfecciona al hombre desarrollando sus facultades. El trabajo es, por otra parte, la lucha del hombre con la naturaleza. Y por él la llegará a dominar, arrancándola sus frutos.

Por lo mismo, el trabajo es fundamento de la unión y sociedad entre los hombres, que se asocian precisamente para hacer efectivo ese dominio. "Los hombres entran en comunidad los unos con los otros cuando raelizan una obra en conjunto. El trabajo colectivo es creador de una humanidad nueva" (34).

Por eso el hombre marxista es el hombre obrero y la misión esencial del comunismo es la conciencia y la emancipación del proletariado. Sólo por el proletariado se puede llegar a la liberación del hombre. Porque "el proletariado no es una clase particular entre las otras clases de la sociedad burguesa: es la clase que resulta de la descomposición de esta sociedad, el producto de sus contradicciones íntimas, una clase que es la disolución de todas las clases, una clase que tiene un carácter universal por su sufrimiento universal, y no reivindica deudas particulares, sino una liberación total, una clase que no sólo se hace presente en virtud de un título histórico, sino más bien en razón de un título humano, una clase; en fin, que no puede emanciparse sin emanciparse de todas las otras clases de la sociedad y, por consiguiente, sin emanciparlas a todas" (35).

Esta idea del mesianismo proletario es el mayor pábulo del misticismo comunista, pues ella arrebatada de entusiasmo a las masas. Por eso escribe Berdiaeff: "No hay que buscar la esencia del marxismo en su fase objetivamente científica, evolucionista, dirigida hacia el desarrollo de las fuerzas materiales productivas. No es eso lo que hace de él una religión ni lo que inspira y entusiasma a las masas. Estas no podrían entusiasmarse por la noción de desarrollo económico. Hay dos almas en el marxismo, y es lo que explica la contradicción lógica y moral que hemos intentado demostrar. Su lado objetivo, moral y religioso,

(33) *Ob. cit.*, pág. 62.

(34) *Ob. cit.*, pág. 63.

(35) *Ob. cit.*, págs. 41-42.

ligado a la idea de la misión universal del proletariado, a la lucha de las clases y a la justicia absoluta, que ha de nacer de esta lucha. La idea del mesianismo proletario, la idea de que el proletariado tiene una misión especial que cumplir en el mundo, que está llamado a libertar a la humanidad, a procurarle fuerza y felicidad, a resolver todas las cuestiones angustiosas de la vida: he ahí en lo que consiste la creación más original de Marx. Fueron numerosos los que antes de él habían expresado sus pensamientos hablando de materialismo económico y de la lucha de clases en la historia. Pero tan sólo él anunció con profunda genialidad la idea de que el proletariado es el mesías, el libertador y el salvador de la humanidad” (36).

f) *Suprema realidad del partido.*

Otro elemento integrante de la psicología del marxista es la suprema valoración del Partido, por ser elemento e instrumento imprescindible para llegar a la realización del ideal. El encarna el ideal revolucionario y es la suma de todos los valores. “A la larga, puesto que el Partido es la encarnación del ideal revolucionario en la historia, él no puede equivocarse. Hay que estar con él para ganar el futuro. Lo que podría expresarse aun diciendo que el Partido es la suma de todos los valores” (37).

Por eso, ante él, la única libertad que existe es la de adherirse y someterse incondicionalmente. “Ciertamente el Partido puede momentáneamente equivocarse, los comunistas saben reconocerlo y nadie practica tanto como ellos la autocrítica. Pero aun en estas circunstancias la obediencia debe ser absoluta y deben someterse mientras no se tome otra decisión. Fuera del Partido no puede haber ni verdad ni historia; no es posible, pues, substraerse a la labor del Partido sin destruirse a sí mismo. La única libertad que conoce el comunista es una libertad de adhesión y participación” (38). Este fanatismo del Partido constituye sin duda una de las fuerzas más poderosas del Partido comunista.

g) *La futura sociedad comunista, perpetua juventud del mundo.*

He aquí la suprema aspiración y la era dorada del comunismo. Estamos viviendo la decadencia del mundo, que es su prehistoria. Cuando pase por la destrucción comenzará su verdadera historia que constituirá su perpetua juventud, porque realizará esa nueva sociedad sin clases y sin Estado, llena de abundancia y de paz, regida por el amor. No se concibe mayor exaltación de la fe en el hombre y en los valores puramente humanos, ni mayor esperanza en su regeneración. Constituirá esa juventud del mundo una sociedad sin clases; gran abundancia de bienes

(36) *Ob. cit.*, pág. 16.

(37) *Ob. cit.*, pág. 59.

(38) *Ibid.*

para todos; una admirable armonía entre todos los miembros de la sociedad, cultos y educados, de modo que desaparezca también toda institución organizada de gobierno.

Se dice de Marx —escribe Lacroix—, que “él no describió jamás ninguna ciudad socialista. Más aún, se enemistó con un amigo inglés que quiso hacerlo” (39). Esto ha de tenerse muy presente para compaginar el carácter utópico del comunismo con la fuerza seductora que encierra.

Es evidente que esa concepción puramente idealista es una utopía deslumbrante y no tan seductora, a no ser para la masa ignorante, pues los presupuestos imposibles para realizar esa bella concepción, a saber: la bondad natural del hombre y la distribución igualatoria con plenitud de justicia en la organización colectiva futura, son tan evidentes que se necesita mucha autosugestión para creer decididamente en ellos. Pero no es precisamente la bella concepción ideal, matemática e inminente, el recurso de seducción y de lucha que explota el comunismo. El se ciñe a la realidad concreta y presente, esgrimiendo en cada momento la táctica más oportuna para sus planes de lucha y afirmación. “El comunista no es, pues, alguien que ha constituido un sistema ideal y quiere realizarlo; es únicamente aquel que analiza la situación histórica en la cual se encuentra y vive tan plenamente como le es posible el movimiento liberador que debe conducir al desenlace de la situación” (40). Es el mismo Marx quien escribe: “El comunismo no es para nosotros un estado que deba ser creado, un ideal destinado a orientar la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento efectivo que suprimirá la situación presente” (41).

Y es por eso también en este orden de realizaciones prácticas donde hay que valorar el comunismo, tanto en su experiencia rusa como en su intento de expansión mundial.

En cualquier aspecto que se mire, teórico o práctico, no puede menos de extrañar extraordinariamente esa valoración “humana” y “cristiana” con visos de simpatía y conciliación que algunos autores católicos nos ofrecen del programa comunista ponderando su humanismo y hasta sus elementos cristianos, y disculpando su historia de sangre como pasión desbordada de la masa oprimida, pero, al cabo, transitoria y accidental en el sistema. Una cosa es reconocer los errores y las injusticias del liberalismo y de los mal llamados católicos liberales, y otra conceder contenido positivo de superación a las palabras y, sobre todo, a los hechos del marxismo ateo y destructor.

Está bien patente la intrínseca malicia del sistema, y los millones de vidas humanas sacrificadas por él o que viven en la esclavitud de los tra-

(39) *Ob. cit.*, pág. 38.

(40) *Ob. cit.*, pág. 30.

(41) Citado por LACROIX, *ob. cit.*, pág. 39.

bajos forzados o en los campos de concentración, proclaman muy alto que la "nueva civilización" es el régimen de mayor opresión que ha padecido la humanidad. Basta atisbar el contenido filosófico y científico del marxismo para que no se le pueda confundir con teorías parciales bien intencionadas recubiertas con el eufemismo de la justicia social y de la liberación de los desheredados, ni menos con el entusiasmo de la multitud desorientada y hambrienta.

II.—El comunismo es una filosofía completa de la vida.

El mejor contrapeso a la fácil seducción y entusiasmo que despiertan en las masas populares las difíciles promesas comunistas, es el conocimiento pleno del sistema. Y en este aspecto hay dos verdades igualmente ciertas: primera, que el comunismo es un sistema totalitario que presenta una filosofía completa de la vida y, por tanto, es gran error confundirlo con una teoría económica animada de justicia y de amor a los pobres, cuya plausible ambición se reduce a liberar la clase trabajadora, y segunda, que este aspecto absoluto y totalitario es casi totalmente desconocido, lo que equivale a decir que se ignora la malicia intrínseca del sistema.

Por eso los autores nos repiten más alto esa doble advertencia: "El marxismo —dice Berdiaeff—, pretende ser una concepción universal, integral, que responda a todas las cuestiones primordiales y dé un sentido a la vida. Es a la vez una política, una moral, una ciencia y una filosofía. Es una nueva religión que pretende reemplazar al cristianismo. Los verdaderos marxistas son, según ellos, fervientes dogmáticos; no son ni escépticos, ni críticos, tienen una confesión y un sistema dogmático" (42).

También el Santo Padre con su suprema autoridad viene anunciando ese gran peligro de confusión para los católicos. Recuérdese la declaración del obispo de Siracusa después de su visita *ad limina*: "El Papa —declara el obispo— se detuvo a subrayar la confusión que existe en la mente de muchos sobre la filosofía fundamental del comunismo; abundan —dijo— los que creen que el comunismo es tan solo un sistema económico, olvidando que en realidad es una filosofía total, y una concepción de la vida que trata de dominar al hombre en todas sus facultades y actividades" (43).

Abundan los que ignoran este verdadero carácter del comunismo. "Sólo unos pocos, fuera de los propios dirigentes comunistas —escribe Mons. Fulton—, saben en realidad algo sobre su filosofía" (44). Y el padre Mc Fadden: "Por desgracia el carácter absoluto y totalitario de la filosofía comunista es generalmente desconocido" (45).

(42) *Ob. cit.*, pág. 10.

(43) Citado por la *Revista Católica*. Texas, EE. UU., vol. 74, núm. 31 (31-VII-49).

(44) *Ob. cit.*, pág. 58.

(45) *Ob. cit.*, Introducción, pág. XXVIII.

Este desconocimiento está cada día menos justificado pues van apareciendo estudios sobre el comunismo más completos, sólidos y científicos. Ya en 1929 la Editorial Labor de Barcelona, editó la traducción española de la obra inglesa *Comunismo*, del profesor H. S. Laski, traducida por Manuel Sánchez Sarto. Es un trabajo de investigación y una exposición histórica y doctrinal del comunismo. Después de una introducción sobre el proceso y vicisitudes políticas del comunismo, estudia la interpretación materialista de la historia, la economía comunista, la teoría comunista del Estado y la estrategia del comunismo. Aunque es interesante la exposición, no son aceptables su valorización objetiva y científica del comunismo ni muchos otros juicios y apreciaciones del autor, especialmente desde el punto de vista religioso.

El profesor de la Universidad de Lovaina, Franz Gregoire, viene publicando sus explicaciones en una serie de cuadernos titulados *La Pensee Communiste* que constituye un estudio filosófico de lo más serio y juicioso que se haya hecho sobre el comunismo. Une al dominio sobre la materia, la claridad y la crítica serena y profunda. La obra del profesor Gregoire, después de una introducción en que estudia la Ley de la Historia como centro del pensamiento comunista, su contenido y sus relaciones con otros elementos, se propone tratar de la existencia del comunismo (realismo, empirismo, empirismo dialéctico y relativismo). En el capítulo segundo se ocupará de la ontología comunista (ateísmo materialista) y materialismo dialéctico, y en el terreno del hombre y de la sociedad y de su evolución según el marxismo. El tercer cuaderno que tenemos delante, sólo contiene la primera sección del capítulo segundo, es decir, la exposición del materialismo en sí, o en general, dejando para la segunda sección el materialismo en cuanto dialéctico. Aquí expone el contenido de la doctrina materialista y sus fundamentos, haciendo la crítica de los argumentos marxistas.

Entre los aludidos anteriormente figuran el estudio histórico y doctrinal del *Bolchevismo*, por Waldemar Gurian, traducido ya del alemán en 1932. "Tres fines quiere lograr este libro —nos dice al comienzo del prólogo—. Debe describir el bolchevismo sistemáticamente y por principios, como idea política basada en un concepto definitivo del hombre y del curso de la historia; tal es su primer objeto. Para eso es necesario mostrar los antecedentes históricos y sociales que han determinado su aparición, su actuación y su desarrollo: el bolchevismo como dominante de la Unión Soviética es el segundo objeto. La combinación de ambos, o sea, el examen abstracto y concreto, debe ser la base del tercer objeto que es escribir una introducción a la historia y teoría del bolchevismo" (46).

Este libro tiene interés especialmente histórico, pues presenta el des-

(46) *Ob. cit.*, Prólogo, pág. 1.

arrollo de los acontecimientos desde los antecedentes históricos y sociales del bolchevismo, hasta la implantación del Partido, con el desarrollo de su legislación política, económica y religiosa, más el proceso interior de lucha e intriga. Hace también una pequeña síntesis de la doctrina bolchevista con la crítica correspondiente.

Entre la abundante producción de temas sociales del P. Bucculeri, S. J., encontramos también algunos referentes al comunismo como "La economía soviética" y el cuaderno XIII "El Comunismo". Este es una exposición del materialismo histórico, estudiando la propiedad, la lucha de las clases, la futura sociedad comunista, y la lucha del comunismo contra la Religión y la Iglesia.

En 1948 apareció "El materialismo Dialéctico Soviético" del P. Gustavo Wetter, S. J. Es un grueso volumen, dividido en dos partes: la primera, contiene el desarrollo y la historia de las ideas filosóficas, y la implantación del comunismo; la segunda, es una exposición sistemática de la doctrina, estudiando el concepto soviético de la filosofía, el materialismo leniniano, las leyes de la dialéctica materialística y el problema del conocimiento. Resulta, pues, una exposición del primer postulado doctrinal del marxismo, es decir, del materialismo dialéctico.

"La Filosofía del Comunismo" por el P. Charles J. Mc Fadden, se ha presentado como la exposición y la crítica más completa del sistema. "Es, sin duda, el mejor tratado de la Filosofía del comunismo en cualquier idioma" —dice Mons. Fulton, en el prólogo (47). Conociendo la competencia y seriedad científica de Mons. Fulton ya se comprende que no puede ser ligero un juicio tan laudatorio.

La obra del P. Mc Fadden es, efectivamente, una de las exposiciones más profundas y completas y una de las críticas más competentes entre las que se hayan escrito sobre el marxismo desde el punto de vista católico. Después de trazar un cuadro sobre el ambiente y desarrollo histórico de la filosofía marxista, en el capítulo primero hace una exposición científica de ella en los ocho siguientes, presentando con mucha documentación, claridad y exactitud la filosofía marxista sobre la naturaleza, la inteligencia, la historia, el Estado, la Religión, la moralidad, la revolución y la sociedad. En otros tantos capítulos de la segunda parte enjuicia esa concepción, contraponiendo la filosofía y la verdad cristiana, guiado por sus mejores defensores, como el mismo Santo Tomás de Aquino a quien acude frecuentemente.

Algún punto, como la concepción económica, la propiedad y la familia, están menos desarrollados, pero, en conjunto, el estudio es muy completo, vigoroso y ponderado, girando sobre los dos postulados marxistas: materialismo dialéctico y materialismo histórico.

En el trabajo del P. Mc Fadden resaltan algunas ideas generales de mucho interés, como es el carácter totalitario de la filosofía comunista,

(47) *Ob. cit.*, pág. XXII.

que intenta resolver todos los problemas fundamentales del hombre y del mundo por el materialismo y la evolución; su aspecto científico, en los principios y en el desarrollo y aplicaciones, pues el P. Mc Fadden utiliza directamente las fuentes con minuciosidad y sentido crítico; y el análisis severo, pero agudo y fundamental, de los errores del sistema, patentizando con cuánta inexactitud afirman sus partidarios que está apoyado en el testimonio de la ciencia y en la sana observación humana, y que nos da la teoría y la explicación más aceptable de la naturaleza, supuesta la cual podemos explicar adecuadamente todos los fenómenos. Aparece al mismo tiempo el vigor mental del creador del comunismo científico, que ha realizado una síntesis orgánica y vigorosa, férrea y determinista, que conduce a la transformación de la historia de la humanidad. De modo que la concepción marxista sobrepasa todas las doctrinas materialistas anteriores y constituye la tentativa más seria y completa del materialismo para explicar el universo y la historia.

Dos son los principios en que se basa el sistema y sobre los cuales gira en todas las direcciones.

1) Primer postulado: el materialismo dialéctico.

Este postulado comprende la doctrina acerca del mundo material, y nos advierte el P. Mc Fadden que la filosofía de la naturaleza es parte esencial y fundamental del sistema marxista en contra de un grupo de "herejes" del marxismo, que niegan que sea parte esencial, pues "para ellos el marxismo es puramente una filosofía social" (48). "Con todo, si consultamos las obras de Marx y Engels —escribe el P. Mc Fadden— hallaremos que la filosofía de la Naturaleza es esencial para su sistema; insisten en que la dialéctica natural es la base de la lucha de clases" (49). Y prueba su aserto con el testimonio expreso de los fundadores. Todas las doctrinas marxistas fluyen del concepto del universo material.

Marx asienta su filosofía sobre la filosofía de Hegel, sustituyendo la *idea* de aquél por su *materia*. La concepción marxista es bien sencilla:

a) No existe más realidad que la materia, que es, por lo mismo, eterna y que está compuesta de elementos contradictorios de donde procede su perpetua evolución.

b) Esta materia está dotada de un principio inmanente energético o vitalizador, de donde emana su transformación, incluso por "saltos", que explican la aparición de toda forma nueva, como la vida, la inteligencia, etc.

c) Esta evolución está presidida por tres leyes fundamentales:

La ley de contrarios —que nos explica la constitución contradictoria de la realidad, pues observamos esa contradicción *material* en la realidad *concreta*.

(48) *Ob. cit.*, pág. 30.

(49) *Ob. cit.*, pág. 31.

La ley de negación—que preside el desarrollo cuantitativo de los seres. “La primera ley de la materia —escribe Mc Fadden— puso en claro que toda realidad es unidad de contrarios. De esa contradicción, inherente a la naturaleza de la materia, brota forzosamente el movimiento que se evidencia en el mundo. Así, la materia es autodinámica; por sí misma explica el movimiento que la caracteriza.

La segunda ley de la materia, la Ley de la Negación, puso en claro que el movimiento presente en las cosas es un movimiento necesario hacia el desarrollo. La ley ofrecía una explicación adecuada del crecimiento cuantitativo de la realidad, sin apelar a una causa extrínseca a la naturaleza de la materia misma” (50).

Ley de transformación —que explica los cambios cualitativos. El desenvolvimiento cuantitativo continuo termina frecuentemente en una forma nueva que no es producto del desarrollo gradual, sino de un salto de la naturaleza. “La producción de toda nueva forma hay que explicarla—incluido el hombre—como un salto en la naturaleza, producción súbita de una cualidad cualitativamente nueva, en virtud de un desarrollo cuantitativo en un ser ya existente” (51).

El universo, pues, es un continuo proceso evolutivo, infinito y eterno, que ha pasado por innumerables formas anteriores, que no necesita una causa externa para su origen ni movimiento, ni menos una inteligencia ordenadora que presida su transformación.

Tenemos un crudo materialismo, pero distinto de los anteriores, al negar que la materia sea inerte, antes bien, está animada por un principio energético que la hace autodinámica.

Tampoco es el marxismo una teoría evolucionista como las anteriores que no admiten cambios súbitos y repentinos en la naturaleza; al contrario, aquí son el gran recurso para explicar la realidad.

2) Segundo postulado: el materialismo histórico.

La originalidad mayor de Marx ha consistido en aplicar el materialismo dialéctico a la historia de la humanidad, para explicarnos sus desarrollo y evolución futura.

¿Cuáles son las causas últimas que determinan la evolución de la historia humana? ¿A qué leyes obedece su desenvolvimiento y los fenómenos que han ido apareciendo en el curso de su historia?

La solución marxista es también muy sencilla. La historia de la humanidad no está tejida por la actividad libre del hombre, sino por las leyes ciegas de la evolución, que determinan esa misma libertad.

a) La fuerza directiva y determinante de la historia humana es la

(50) *Ob. cit.*, pág. 58.

(51) *Ob. cit.*, pág. 61.

producción. Esta producción comprende el trabajo del hombre, la materia sobre la que se realiza y los instrumentos y técnica que emplea.

b) Luego la vida entera de la sociedad bajo sus aspectos religiosos, moral, literario, artístico, cultural, etc., está determinada por el modo de producción. Las fuerzas materiales productoras son, en última instancia, su determinante.

c) Más concretamente, el proceso histórico proviene de la *lucha* entre las *clases contrarias* que se disputan la producción: la clase *explotadora*, que posee los medios de producción, y la clase *explotada*, oprimida y esclavizada por aquélla por carecer de esos medios.

d) Consiguientemente, el choque violento entre las dos clases sociales, que constituye las "revoluciones", es el medio obligado para acelerar el progreso y la nueva organización, cuando la clase trabajadora haya sacudido el yugo de los explotadores.

En suma, la historia y su progreso están regidos no por el cerebro del hombre, sino por las diversas maneras de la producción; no por la filosofía, sino por la economía. Todo, menos acudir a una inteligencia superior que guíe los destinos humanos, ni a una libertad verdadera, pues todo influjo e inmediata colaboración está determinado también por las fuerzas materiales productoras.

El P. Mc Fadden reconoce el vigor y fuerza persuasiva que a primera vista ofrece esta interpretación de la historia.

En primer lugar, encierra su *parte de verdad*, que, considerada superficialmente, aun parece mucho mayor: "Quien pretenda juzgar la Filosofía Marxista de la Historia comprobará que ella encierra gran parte de verdad. Cuando se la considera superficialmente parece verdad. Como teoría, la interpretación económica de la historia parece sólida y lógica. Como práctica, parece ofrecer un análisis comprensivo de las dificultades que acosan al mundo actual" (52).

Por otra parte, constituye la tentativa más seria que ningún sistema materialista haya hecho jamás para explicar la historia. "La interpretación marxista de la Historia es el más completo sistema del materialismo histórico que jamás se haya inventado. Eso es lo que Marx reclama para su sistema... y creo que su reclamación está justificada" (53).

De ahí su fuerza atractiva, viva y concreta. "Cualidades como esas —dice el P. Mc Fadden— dan a la teoría marxista de la Historia un plan atractivo ante el mundo que busca soluciones básicas para tales dificultades... Más bien es un concepto filosófico de la vida humana (pasada, presente y futura que se ha convertido en una fuerza concreta y viva, no solamente en Rusia, sino en el mundo civilizado" (54).

(52) *Ob. cit.*, pág. 275.

(53) DAWSON, C.: *La religión y el estado moderno*. N. Y., 1936, pág. 88, citado por Mc FADDEN, *Ob. cit.*, pág. 275.

(54) *Ob. cit.*, págs. 275-76.

Claro que la atracción aparente no subsana el fallo fundamental de la teoría marxista: la confusión entre *causa* y *condición*. “Marx—observa Mons. Fulton—confunde sin cesar la *causa* con la *condición*. Una ventana es una condición de la luz, no es su causa. Los métodos económicos de producción *condicionan* el derecho, la literatura, el arte, la filosofía, etcétera, pero no la *causan* o *crean*. Como la mayoría de los hombres poco prácticos... Marx aísla de la vida un factor, el económico, y se embriaga con él como cuando se bebe vino en ayunas” (55).

3) Teoría económica y propiedad privada.

Son puntos muy someramente tratados por el P. Mc Fadden. También a ellos llega el proceso del materialismo dialéctico: “El materialismo dialéctico—escribe Mons. Fulton—aplicado a la economía política, se convirtió en *determinismo económico*, y, aplicado a la Historia, se convirtió en *materialismo histórico*...” (56).

Pero sabido es que en este orden Marx recibió el influjo de la Sociología francesa a través de Proudhon y de las ideas económicas de la escuela clásica inglesa por medio de Adam Smith y David Ricardo.

De aquí procede la teoría del *valor* y de la *plus-valía*, con la concentración de capitales y la proletarización creciente.

El trabajo es el único valor de cambio de las cosas, pues es lo único que hay de común entre ellas para poderlas cambiar unas por otras. El valor económico, pues, está determinado por la cantidad del trabajo empleado o por el tiempo del trabajo socialmente necesario para la producción. Pero como el trabajo es propio del trabajador, síguese que la mercancía o el objeto claborado por ese trabajo pertenece también al trabajador.

De aquí la teoría de *plus-valía* o sobre trabajo. El plus-valor es cierto trabajo no pagado, o sea, la diferencia entre el trabajo desarrollado en producir una cosa y la remuneración recibida por ella. Esta remuneración o salario suele ser muy inferior al precio a que se vende el objeto producido, o al tiempo y trabajo empleado en su producción. Esta diferencia entre el precio de una mercancía y el jornal pagado al trabajador que la produjo es la plus-valía o “más valor” del trabajo, con el cual se queda el patrono o el capitalista.

Así es como se va formando injustamente el capital y acumulando las riquezas en manos de unos cuantos que cada día son menos. Así es como el capitalista va aboliendo la propiedad privada, de lo cual acusa al comunismo según proclama Marx en el Manifiesto del Partido Comunista.

En cuanto a la *Propiedad* “Marx y Engels no trataron este tema al

(55) *Ob. cit.*, pág. 75.

(56) *Ob. cit.*, pág. 66.

por menor" (57). Es fruto de un largo proceso de evolución, pues su forma primitiva fué el colectivismo. "Históricamente—dice Engels—la propiedad privada no comienza a aparecer como resultado de latrocinio y la violencia. Por el contrario ya existía, aunque limitada a determinados objetos, en las comunidades primitivas de todos los pueblos civilizados" (58).

Mas el comunismo defiende que la propiedad se convierte siempre en un medio de explotación. Por eso la defiende el Estado burgués y por eso mismo debe desaparecer, cuando este Estado desaparezca, sustituyéndola la propiedad colectiva.

Mas claro está que una cosa es que se haya dado y se de *abuso* en el régimen de propiedad, y otra es que no exista derecho natural a la misma y que conduzca necesariamente a la explotación.

El P. Mc Fadden expone las siguientes ideas acerca del derecho natural de propiedad. Afirma, en primer término, el *derecho natural* de la propiedad, porque tiene su fundamento en la misma naturaleza del hombre. Pero advierte que "con frecuencia en las defensas corrientes del derecho de propiedad privada, se echa de menos una comprensión plena de las consecuencias de su tesis" (59).

a) Por eso "hay autores católicos que niegan que la propiedad sea un derecho natural del hombre. Afirman explícitamente que ningún principio o título de propiedad tiene un valor metafísico o intrínseco; que la propiedad privada no tiene otra justificación que los buenos resultados que produce, es decir, su utilidad para los intereses humanos. Dicen que, sin la propiedad privada, los hombres carecerían de un incentivo adecuado para trabajar; no podrían vivir juntos ni pacíficamente en sociedad; no tendrían cuidado de las cosas que pertenecen al común; en una palabra: creen que el rendimiento es la única base del derecho de propiedad" (60).

b) Ahora bien, "esos argumentos de conveniencia a favor del derecho poseen sin duda una cierta validez, pero no constituyen el fundamento real sobre el que se apoya el derecho" (61).

c) En cambio, "la auténtica defensa del derecho debe estribar sobre un estudio serio de la naturaleza del mismo. Hemos de recordar al mundo actual que el hombre es, en ciertos aspectos, un miembro de la sociedad, un individuo, uno sólo de una especie muy numerosa. Lo cual significa que, como ser material que es, está sumergido en ese vasto organismo social y pertenece a él. Pero, en cuanto ese hombre es persona, tras-

(57) Mc FADDEN: *Ob. cit.*, pág. 135.

(58) ENGELS, F.: *Anti-Dühring*, N. Y., 1935. pág. 184. citado por Mc FADDEN *ob. cit.*, pág. 135.

(59) *Ob. cit.*, pág. 320.

(60) *Ibid.*

(61) *Ob. cit.*, pág. 321.

ciende la sociedad: en cuanto que posee un alma espiritual, se libra de la acción absorbente de la sociedad, y es independiente de ella" (62).

d) "Ahora, puesto que la personalidad humana no está en modo alguno sujeta al dominio social, se sigue lógicamente que los frutos o productos de esas facultades y poderes espirituales, que constituyen su personalidad, no pueden ser apropiados por la sociedad. No son sociales esos elementos que constituyen la personalidad humana (por ejemplo y primeramente, el entendimiento) y que son los que producen la riqueza por parte del hombre. Así, en el trabajo personal del hombre, tenemos un fundamento innegable del derecho de propiedad privada" (63).

e) "En una palabra: el fundamento de la propiedad privada es la misma personalidad humana; tal personalidad de los individuos no pertenece a la sociedad. Esta no puede justificar la absorción de dicha personalidad humana. Los frutos de esa personalidad están exentos del dominio social: he ahí una base sólida y metafísica, sobre la que se asienta nuestro derecho" (64).

A nosotros no nos parece que ese fundamento del trabajo personal sea una base tan sólida y metafísica, tan irrecusable y plena del derecho natural de la propiedad.

1) En primer lugar no estimamos acertada esa distinción entre individuo y persona para dejar aquel incluido y subordinado y excluir a ésta de la sociedad. No es cierto, pues, que la personalidad humana no está en modo alguno sujeta al dominio social, pues la comparación entre persona y sociedad no se debe hacer en el orden ontológico, sino en el orden moral o de los bienes y fines, en donde, por la diversa subordinación de los bienes comunes, se establece también la subordinación del bien privado y del bien común de la persona al bien común de la sociedad, cuando son del mismo orden.

2) Y esta subordinación afecta especialmente a los valores e intereses humanos y temporales entre los que debemos incluir, en gran parte, el trabajo.

3) En cuanto a los argumentos que dicen no tienen valor metafísico o intrínseco, sino sólo de mera conveniencia social, hay que tener presente que, bien aquilatados, tienen verdadera fuerza de derecho natural, pues lo que prueban, en su substancia, es que el régimen de propiedad privada está exigido por la naturaleza social del hombre. Ahora bien, esta vida social está postulada necesariamente por el derecho natural y, por tanto, los medios necesarios para que subsista, como este de la propiedad, también están exigidos por ese mismo derecho. Ponderar la mera conveniencia accidental y eventual de ese argumento, como hacen, efectivamente, algunos autores, es no profundizar su verdadera fuerza y exigencia.

4) Indudablemente el trabajo es un medio natural de adquirir el derecho de propiedad, pero poner en él el fundamento primario, meta-

(62) *Ob. cit.*, pág. 322.

(63) *Ibid.*

(64) *Ob. cit.*, pág. 323.

físico e intrínseco del mismo, sería dejar en el aire, al menos en gran parte, la actual distribución de la propiedad, pues habría que probar cómo lo que no se ha adquirido precisamente por el trabajo personal es verdaderamente propio. De hecho, frecuentemente, los que poseen no trabajan ni administran, y los que trabajan o administran, no poseen.

Sobre todo si es verdad que el trabajo es la actividad del hombre libre y espiritual, no es menos verdad que este mismo hombre es miembro y parte, necesariamente, de la sociedad. A ella le debe su educación intelectual, moral y espiritual, y junto con esta formación la sociedad pone en el trabajo de cada individuo los instrumentos materiales de todos los órdenes, como maquinaria, técnica, materias primas, etc.; pone, en suma, tanto como él mismo o más. ¿De quién será, pues, el fruto producido?

Más aun: la sociedad es también sujeto de propiedad, independiente de los particulares, y, en cierto modo, superior a ellos. ¿Cuál debe prevalecer, la propiedad social o la privada? ¿Cómo lo discerniremos ateniéndonos únicamente a los derechos del trabajo?

Por último, ese fundamento inmovible del trabajo personal fácilmente puede incurrir en la tesis marxista de que todo lo producido es íntegramente del trabajador. No puede, pues, esgrimirse exageradamente su fuerza probativa.

4) Aplicaciones: El Estado, la Familia, la Moralidad.

La lógica férrea y la causalidad universal del materialismo histórico definen también sencilla y expeditivamente el Estado, la Familia y la Moralidad. En este orden el primer principio es que cada tipo de Estado es producto de la situación actual de la producción económica. Es el primer efecto de los cambios de la producción.

El Estado actual no es otra cosa que un arma e instrumento de la clase dominante y opresora, para asegurar sus privilegios.

También la Familia es fruto de los métodos de la producción. El comunismo se propuso su destrucción. La Familia actual burguesa descansa sobre el régimen de propiedad transmitido por herencia. De ahí que, eliminada la propiedad y la sujeción de la mujer al varón, se elimine la necesidad económica de la Familia. Durante veinte años en Rusia se cometieron los mayores estragos por destruir esas células del régimen capitalista. Los estragos fueron tales que Rusia ha dado marcha atrás, restableciendo los vínculos familiares y hoy aventaja en sus disposiciones defensoras de la Familia a algunas naciones occidentales (65).

La moral depende, a su vez, de las necesidades económicas de cada época. Lo que favorece esas necesidades es bueno; lo que las contraría es moralmente malo. De ahí que las normas morales son lo más fluctuante que existe. Ninguna es fija, ni, mucho menos, eterna.

(65) Cfr. MONS. FULTON: *Ob. cit.*, pág. 148 ss.

La "moral burguesa" es una ideología creada por el sistema económico de la propiedad privada para defenderse.

Por eso existe de otra parte la "moral proletaria", cuyo supremo principio son las necesidades de la lucha de clases. Lo que fomenta esa lucha es bueno; lo que la suavice, es malo.

III. Desarrollo histórico: El comunismo pesa sobre la conciencia del mundo occidental.

El desarrollo histórico del comunismo abarca varios aspectos amplios y complejos. Por un lado, podemos analizar el origen y desenvolvimiento de sus ideas filosóficas. Por otro, estudiar su lucha y adaptación a las circunstancias históricas de cada pueblo y, por fin, analizar las causas internas y externas de su expansión mundial.

En todos los autores se encuentran capítulos interesantes sobre uno o varios aspectos de la historia filosófica, política y social del comunismo.

Las dos obras de don Eduardo Comín Colomer sobre *Ensayo crítico de la doctrina comunista* (Madrid, 1945) y *Marx y el marxismo* (1949), son los trabajos más extensos entre nosotros sobre el proceso histórico-filosófico de las ideas comunistas. Como dice el autor al final del primer estudio: "Acabamos de exponer, a lo largo de los veintiocho capítulos en que hemos dividido el trabajo, todo el movimiento ideológico que, orientado en sentido comunista, fué apareciendo en el mundo, en etapas sucesivas, ya como simples elucubraciones cerebrales, ya en su calidad de realizaciones prácticas verificadas, teniendo de contenido doctrinal, junto a la experiencia de lo pasado, el sentido dogmático de los doctrinarios de la idea" (66).

Marx y el marxismo es un estudio más ceñido al análisis y valoración de la personalidad científica del organizador del comunismo, sobrepasando el entusiasmo desbordado de Melring en su famosa vida de Marx.

El señor Arrese en su obra *Capitalismo, Comunismo y Cristianismo* dedica un vigoroso capítulo a examinar "cómo el capitalismo produjo la fórmula comunista". Su afirmación central es que el comunismo es la consecuencia lógica y natural del capitalismo, tanto por su doctrina económica como por su actitud política. La doctrina económica liberal y capitalista, mercantilizando el trabajo humano, presenta al comunismo el hecho de la división de clases, sobre la cual asentará éste el proceso evolutivo y necesario de la historia humana; y en el orden político, con su democracia rousouniana y liberal, basada en el sufragio universal e inorgánico, asegura el triunfo de la mayoría numérica y cuantitativa, que es, sin duda, la clase proletaria, cuya imposición arrolladora y definitiva preconiza el marxismo. Lo paradójico es que, a pesar de todo, el marxismo arrebató al obrero sus últimos derechos. "El mar-

(66) *Ob. cit.*, pág. 281.

xismo—escribe el señor Arrese—tuvo aciertos indiscutibles; en primer lugar, supo encontrar una dialéctica adecuada para despertar la mausedumbre de una masa ya casi resignada a la expoliación; en segundo lugar, tuvo una habilidad innegable para desnudar al capital y presentarlo al obrero en toda su horrible fealdad, pero tuvo un error fundamental: el marxismo, como si temiera ser acusado de retrógrado si remontaba su rebeldía hasta el error primero y quisiera presentarse como más avanzado y progresista que nadie en lugar de levantarse en defensa del hombre, da un paso más hacia la deshumanización y acaba por hundirlo en la más espantosa negación de sí mismo” (67).

Anteriormente ya hemos citado también a Francisco Núñez, cuya obra *De Hegel a Stalin* a través de la *Divini Redemptoris* ya indica su intención de glosar la Encíclica del Papa, lo que hace con especial interés precisamente cuando trata de las causas internas y externas de la expansión comunista. “No pretendo, desde luego, afirmar haber hecho nada original. Mi tarea es tan sólo la de divulgar. Los estudios filosóficos y críticos sobre el comunismo abundan por cierto. Pero quizá no esté demás un trabajo que participe un poco de todo eso; ni tan elevado que sólo interese a los especialistas, ni tan llano que sirva para la propaganda vulgar; y, sobre todo, que abarcando todo el círculo de las ideas y de los hechos, con respecto al problema comunista, siga paso a paso el pensamiento del Pontífice, con toda fidelidad, documentándolo con sus propias palabras. Nada puede decirse con más autoridad; nadie podrá alegar mayor competencia” (68).

Es particularmente interesante a este respecto la obra de Mons. Fulton J. Sheen sobre *El Comunismo y la Conciencia Occidental*, que constituye un examen impresionante sobre la responsabilidad del mundo occidental en la revolución comunista.

Dos ideas inculca este libro: primera, “que la filosofía del comunismo y, hasta cierto punto, la revolución del comunismo pesan sobre la conciencia del mundo occidental” (69), y segunda, “que el llamado problema ruso no es básicamente económico o político sino filosófico: gira en torno de la naturaleza humana” (70).

Es una acusación impresionante a los pasados y a los presentes, pues “la deformación de la verdadera naturaleza humana se debió más que nada a la filosofía del liberalismo histórico, para la cual el hombre no tenía más alto destino que el económico” (71). Como en esta crisis actual estamos todos incluidos sólo reaccionando espiritualmente cooperaremos con eficacia a su solución. “La solución de esta crisis es fundamentalmente espiritual, porque la dificultad no estriba en la forma de

(67) *Ob. cit.*, pág. 74.

(68) *Ob. cit.*, pág. 9.

(69) *Ob. cit.*, Prefacio, pág. 9.

(70) *Ibid.*

(71) *Ibid.*

llevar nuestros libros, sino en la forma de llevar nuestras almas" (72). En el siglo pasado—dice—enviamos a Rusia todas las ideas de desecho del materialismo que se acumularon como un subproducto de nuestro abandono de la civilización cristiana. Algún día recuperaremos esas ideas, no en la misma forma en que las enviamos, sino transformadas en almas asiáticas; pero las recuperaremos. Minuciosamente analiza cómo el comunismo brotó y profundizó sus raíces en la economía, en la moral, en la cultura y en la filosofía de la civilización capitalista y materialista. Y ahora resulta que es enemigo irreconciliable de la civilización occidental cristiana.

Es muy sugestivo al señalar los modos de combatir al comunismo. No por razones negativas. No por *odio*, pues la primera victoria ha de ser la "victoria sobre el odio que divide hoy a las naciones" (Pío XII, 1940).

Tampoco por *egoísmo económico*, para conservar el capitalismo burgués.

Ni por el simple afán de mejorar las *condiciones materiales*.

No basta para eliminarlo. Esas condiciones son *condición*, pero no *causa* del comunismo.

Ha de ser positivamente: examinándonos y proponiendo nuestra propia enmienda. "No hay pensamiento más saludable—escribe—en la crisis actual que el reconocimiento de que ésta se debe en gran parte a que no hemos cumplido con nuestro deber cristiano" (73). Hemos de contribuir con nuestra aportación en todos los órdenes:

En el orden *político*, eligiendo candidatos con verdadero valor y responsabilidad para los puestos del gobierno.

En el orden *económico*, elevando al obrero, haciéndole participante de los beneficios del capital, o mejor, haciéndole capitalista también: difundir la propiedad.

En el orden *moral*, nombrando capellanes y asesores en todas las industrias que sean los vigías del orden y de la justicia.

En el orden *cultural*, difundiendo las grandes verdades sobre la naturaleza humana, la historia y la religión.

En el orden *espiritual*, acogiendo a los *ignorantes y extraviados*, instruyéndoles y perdonándoles, pensando que en su fracaso y desilusión no están ya muy lejos de Dios.

IV. El comunismo frente a la Iglesia Católica.

1.—Religión y Marxismo (74).

El marxismo, al crear un orden social ateo y desprovisto de valores eternos, se constituye en religión opuesta al Cristianismo. Toda la rea-

(72) *Ob. cit.*, pág. 44.

(73) *Ob. cit.*, pág. 125.

(74) NICOLÁS BERDIAEFF tiene sobre esto un interesante capítulo en su obra *El cristianismo y el problema del comunismo*.

lidad se ve reducida a una materia dotada de fuerzas ciegas y de un poder de evolución.

Así los horizontes de la persona humana quedan unidos a la tierra y a su leyes de economía y producción. Su vida espiritual—religión, filosofía, arte, moral—“está engendrada por la debilidad humana en lucha con la naturaleza”.

Viendo su impotencia para el usufructo de una economía explotada desigualmente, recurre la mente del hombre a esta ilusión libertadora. Por eso, cuando tras la síntesis final—fruto de esa lucha de fuerzas contrarias—amanezca un mundo de igualdad, sin división en clases explotadoras y explotadas, desaparecerán las creencias religiosas: entonces el hombre ya no necesitará una retribución que satisfaga la injusticia de su desventaja económica y social. Entonces “el hombre—como decía Feuerbach—será Dios para el hombre”, pues no necesitará una satisfacción que salga del orden terreno.

Y, al constituirse la religión en amparo y disculpa de la debilidad humana, se opone al desarrollo de las virtualidades y aspiraciones del hombre; trasplanta estos ideales naturales—fuerza y felicidad terrestre—a una esfera ideal, desconectada de la realidad.

Así se constituye la religión en valladar que inmuniza los rencores de la clase dominada contra el opresor; obstaculiza la rebelión del hombre con la que satisfaría esos deseos de poder y de fuerza inherentes a su naturaleza.

Y al oponerse al desarrollo total de las posibles actividades humanas origina la falta de rendimiento en la colectividad.

El oprimido—la clase proletaria—debe resignarse a esperar en una vida futura, ya que le está vedado el contrariar las leyes de Dios, por eso la religión pudo ser definida por Marx como “el opio del pueblo”: el narcótico de que se valen las clases dominadoras en la explotación de los “sin fortuna”.

Cuando se dé el equilibrio de fuerzas en el mundo, brotará una nueva vida, un hombre nuevo, sobre el que podrá edificarse un nuevo orden social. Es decir, la religión es, en el marxismo, el recurso a que se acoge la conciencia del oprimido al verse imposibilitado de alcanzar lo que anhela por naturaleza.

Ya Lenin, dándose cuenta del problema dijo en 1905: “El partido no puede ser indiferente hacia la religión. La lucha de clases está unida con la lucha contra la religión”.

2.—La Encíclica “*Divini Redemptoris*” y el Comunismo.

La Encíclica de Pío XI no es una denuncia aislada contra el Comunismo, sino un eslabón más en la línea que trazó la Iglesia con Pío IX y León XIII; es un documento solemne para hacerse oír después de tantas advertencias fracasadas. En él el Santo Padre sale a la defensa de la verdad y de la justicia, y de todos aquellos bienes eter-

nos que el comunismo desconoce y combate. Viene a ser un remate de las condenaciones del socialismo, pues ambos coinciden en la negación de toda religión y propiedad, formando un sistema social que parte de principios ateos.

La Encíclica consta de cinco partes, en las cuales el Papa expone:

- 1.º Actitud de la Iglesia frente al comunismo.
- 2.º Doctrina y frutos del comunismo.
- 3.º Doctrina opuesta de la Iglesia.
- 4.º Remedios contra el comunismo.
- 5.º Ministros y auxiliares de esta obra social de la Iglesia.

La tesis central de este importantísimo documento frente al comunismo es que “el comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana” (75).

Las razones de esta intrínseca maldad del sistema marxista son:

1.º—*Falso ideal* (número 8) de justicia, de igualdad y de paternidad. Promesas falaces y falso progreso.

2.º—*Materialismo evolucionista* (número 9). Negación de Dios y del espíritu de la naturaleza propia del hombre.

3.º—*Destrucción de la dignidad y prerrogativas de la persona humana*: espiritualidad, libertad, responsabilidad (número 10). Ni derechos ni deberes de unos para con otros y con la autoridad, ni sobre los bienes materiales: propiedad.

4.º—*Destrucción del matrimonio y de la vida familiar* (número 11). Los hijos para el Estado.

5.º—*Nueva sociedad de esclavos*: Sin otro lazo que el trabajo (número 12), sin otra unión que la de producir bienes materiales, para gozar en este mundo, con derecho de la colectividad a obligar a los individuos al trabajo colectivo incluso por la violencia.

6.º—*Utopía de la nueva sociedad comunista sin clases* (número 13), sin autoridad ni Estado, con plena fraternidad y abundancia.

Por eso el comunismo resulta:

a) *Sistema antirracional* (número 14): “Un sistema, lleno de errores y sofismas, que contradice a la razón y a la revelación divina, subversivo del orden social, porque equivale a la destrucción de sus bases fundamentales, desconocedor del verdadero origen de la naturaleza humana y del fin del Estado, negador de los derechos de la persona, de su dignidad y libertad”.

b) *Sistema maligno y seductor*: bajo pretexto de querer sólo mejorar la suerte de las clases trabajadoras (número 15).

c) *Sistema destructor y terrorista por naturaleza* (números 21 y 23).

d) *Sistema, por naturaleza, antirreligioso* (número 22).

(75) Nos servimos para la exposición de estos puntos de la Encíclica de la traducción del P. J. Azpiazu, S. J., *Ob. cit.*, pág. 294, ss.

El Papa presenta como remedios contra este gran peligro de los tiempos modernos:

- 1.º Renovación de la vida cristiana.
- 2.º Desprendimiento de los bienes terrenos.
- 3.º Caridad cristiana.
- 4.º Obra de justicia social.
- 5.º Cruzada de oración y penitencia.

En suma, la Iglesia se sitúa frente al comunismo colocando por encima de toda otra realidad la idea y presencia de Dios; admitiendo para el hombre un alma espiritual e inmortal y un valor que excede a todo lo inanimado. Dios es el último fin del hombre. Un Dios que lo eleve por la gracia suficiente al grado de hijo y que lo incorpora a su reino en el cuerpo místico de Cristo; que le da derecho a la vida, a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios para la existencia, a la propiedad y al uso de esa propiedad. Lo mismo, respecto del matrimonio, de sus prerrogativas, de la educación de la prole, pues estas son leyes que brotan del Creador; no del arbitrio humano ni de factores económicos.

Igualmente defiende el Pontífice los derechos y los deberes del individuo frente a la sociedad, medio natural del que debe servirse para obtener su último fin. En ella —mediante la colaboración mutua— podrá realizarse la verdadera felicidad terrena.

En el orden económico-social adapta los principios directivos de la "Rerum Novarum" a las exigencias de los tiempos actuales: carácter individual y social de la propiedad privada, dignidad del trabajo, apoyo mutuo entre los poseedores del capital y los trabajadores, salario justo para el obrero y para su familia...

Encomienda al Estado la defensa de los derechos divinos y humanos, haciendo una jerarquía de valores presidida por Dios, origen de esos poderes. Así, entre la comunidad civil y el individuo, existen derechos y deberes correlativos, pues han sido ordenados mutuamente por el Creador el uno para el otro.

Con estas doctrinas se aparta la Iglesia de los extremos del error, conservando el equilibrio de la verdad y de la justicia y aportando los fundamentos de una verdadera paz constructiva entre las naciones.

3.—*Línea de separación obligatoria entre la fe católica y comunismo ateo.*

Como su predecesor, el actual Pontífice Pío XII, no ha dejado de aclarar las conciencias de los católicos en relación con el comunismo en multitud de ocasiones. En la *Exhortación al Clero Católico*, uno de los documentos más importantes del reciente Año Santo 1950, el Papa actual denuncia la incertidumbre de muchos católicos ante el comunismo y ante las graves consecuencias del capitalismo. "Hay algunos que frente a la iniquidad del comunismo que intenta arrancar la fe a aquellos

mismos a quienes prometen el bienestar material, se muestran temerosos e inciertos; pero esta Sede Apostólica, con documentos recientes, ha indicado con claridad la vía que hay que seguir, de la cual nadie deberá alejarse, si no quiere faltar a su propio deber. Otros se muestran no menos temerosos e inciertos frente a aquel sistema económico que se conoce con el nombre de capitalismo, del que la Iglesia no ha dejado de denunciar las graves consecuencias. La Iglesia, en efecto, ha indicado no sólo los abusos del capital y del mismo derecho de propiedad que tal sistema remueve, sino que ha enseñado, además, que el capital y la propiedad deben ser instrumentos de la producción en beneficio de toda la sociedad y medios de sostenimiento y de defensa de la libertad humana. Los errores de los dos sistemas económicos y las dañosas consecuencias que de ellos derivan deben convencer a todos, y especialmente a los sacerdotes, a que se mantengan fieles a la doctrina social de la Iglesia y difundan su conocimiento y su aplicación práctica. Tal doctrina, en efecto, es la única que puede remediar los males denunciados y tan dolorosamente difundidos: ella une y perfecciona las exigencias de la justicia y los deberes de la caridad y promueve un orden social que no oprime a los individuos y no los aísla en un egoísmo ciego, sino que los une a todos en la armonía de relaciones y en el vínculo de la solidaridad fraterna" (76).

Refiriéndose al decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que recogemos más adelante, publicado por su mandato, decía también Pío XII: "Si recientemente se ha señalado la línea de separación obligatoria para todos los católicos entre fe católica y comunismo ateo, se ha tomado esta medida con el fin de oponer un dique que salvara no solamente a los trabajadores, sino a todos sin excepción del comunismo, que niega a Dios y a la religión.

"Ese decreto nada tiene que ver con la oposición entre pobres y ricos, capitalistas y proletarios, propietarios y no propietarios. Conciérne solamente a la conservación y a la pureza de la religión y de la fe cristiana, a la libertad de su acción y con ello a la felicidad, la dignidad, los derechos y la libertad de los trabajadores. Sería verdaderamente ciego quien habiendo vivido en estos últimos decenios no quisiese comprenderlo" (77).

Pero Pío XII al condenar el comunismo señala también el verdadero camino para llegar a satisfacer las exigencias legítimas envueltas en su falsa filosofía materialista. "Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta aislacionismo cuando es testigo de las necesidades y miserias de sus hermanos; cuando le llegan los gritos de socorro de los desheredados de la fortuna; cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas condiciones de vida más razonables

(76) *Exhortación al Clero Católico*, Edic. A. C. E., Madrid, 1950, pág. 41.

(77) *Mensaje radiofónico al 73 Congreso de los Católicos Alemanes, en Ecclesia*, 27 de septiembre de 1949, pág. 5.

y justas; cuando se da cuenta de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de los deberes sociales" (78).

4.—*El comunismo y las pastorales del Episcopado católico.*

A partir de la Encíclica "Divini Redemptoris" (19 de marzo de 1937) en todos los países del mundo el Episcopado católico se hizo eco de las enseñanzas y directrices trazadas en Roma. Así la sentencia de Agustín —"Roma locuta, causa finita"— adquiere de nuevo actualidad.

Antes pudo ser opinión particular de Prelados. Hoy es la misma voz del Romano Pontífice la que se pronuncia en contra del comunismo.

Aquí señalaremos como puntos aislados algunas de las pastorales del Episcopado católico que siguiendo la línea de la inmortal Encíclica, han aparecido estos últimos años.

Pastoral colectiva del Episcopado Suizo. (Conferencia anual de Einsiedeln, 1945).—Al tratar de la actitud de la Iglesia con respecto a la democracia puntualiza ideas que Pío XII expusiera en su Mensaje de Navidad. Excluye de la calificación de "democracias" a todos aquellos poderes que no respetan la dignidad y libertad del ciudadano. La Iglesia Católica, al propugnar una verdadera democracia, no atiende a la forma externa de gobierno, sino a la mentalidad que le anima. Y se dará esa mentalidad donde una comunidad bien orientada respete la dignidad y derechos del individuo, donde el hombre se sienta, a la vez, protegido y libre.

Su Santidad distingue también en su Mensaje de Navidad entre "masa" y "pueblo": "La masa es el enemigo principal de la verdadera democracia y de su ideal de libertad e igualdad (entendida como "multitud amorfa", como adición sin jerarquía entre las partes). El pueblo, en cambio, es una comunidad en que el individuo posee su vida propia y debe prestarse a la armoniosa coordinación del conjunto".

Sin Dios desaparece toda autoridad, y el hombre, el pueblo o el Estado se convierten en ídolos, patrocinándose así el absolutismo estatal que se adjudicará una autoridad ilimitada, sin apelación posible a una ley superior obligatoria en conciencia. La Iglesia no condena solamente el totalitarismo que concentra todo el poder en manos de un solo hombre, sino también aquél a que aspirase uno de los grupos o una de las clases sociales (79).

Discurso del Cardenal Hlond, Primado de Polonia (1945).—Haciendo una breve alusión a la lucha del cristianismo contra el ateísmo hitleriano apunta otro enemigo irreconciliable, superviviente anónimo y universal de la pasada catástrofe: el materialismo internacional.

Cristianos y materialistas, confundidos muchas veces en la vida ordinaria de cada día, no pueden ser agrupados con idénticas atribu-

(78) *Radiomensaje de Navidad de 1948, Ecclesia*, 1 de enero de 1949, pág. 5.

(79) *Ecclesia*, 6 de octubre de 1945, pág. 7 y 8.

ciones. Hay entre ellos una diversa concepción de la vida. El cristiano intenta ordenar la vida terrestre a la luz del progreso, de la ciencia y de la técnica, pero sin romper con Dios: respetando los valores espirituales y eternos. El materialismo se hará también corifeo del progreso, pero recluyéndose lejos de Dios, de los derechos y deberes del alma humana: aspirando tan sólo a un desarrollo de la civilización terrestre.

El cristiano sostiene que ese progreso puede y debe ser realizado sin lucha contra la religión. El materialismo desconectando al hombre del mundo sobrenatural, le hará buscar una nueva moralidad en los fenómenos y leyes de la materia en trasmutación.

Esto no impide ciertos puntos de contacto, como la necesidad de reformas sociales y la elevación del nivel material y espiritual de las masas (80).

Carta pastoral colectiva del Episcopado húngaro. (Noviembre, de 1946).—Señalan los desastres que en su país ha causado la tiranía, al pisotear los más sagrados derechos de la Humanidad, revalorizables tan solo por una democracia verdadera. Y denuncian “esa desolación más terrible todavía que está sembrando el comunismo”, al echar abajo los principios más elementales del orden natural: disolución del matrimonio, vejación de la propiedad, arresto a capricho de los ciudadanos, ateísmo, perturbación del orden público... (81).

El Episcopado de Guatemala denuncia el peligro comunista. (Octubre, 1946).—Advierte en el mundo el deslindamiento en pueblos creyentes, defensores de los valores espirituales del hombre y pueblos que forjan su porvenir al margen de Dios y de todo principio sobrenatural.

El progreso ha hecho que el hombre orgulloso se emancipe de un Ser Supremo, aun a costa de convertirse en materia. De esta libertad laica y sin conciencia han nacido el capitalismo opresor y el proletariado salvaje.

Y, respecto del comunismo, nos remite a las palabras de Pío XI: “No podemos dar carta de inocencia a unas doctrinas que avasallan todo derecho divino y humano para el logro de sus planes fundamentales” (lucha de clases y abolición de la propiedad privada).

Vastísimas regiones de Europa Oriental y Asia—campos de experimentación comunista—nos muestran a las claras lo que es el verdadero comunismo. Unos medios catastróficos no pueden llevar el remedio prometido al obrero pobre.

El comunismo reduce al hombre a simple máquina productora, le priva de su libertad—base del comportamiento moral—, destruye el matrimonio y el derecho a la educación de los hijos. Su fin es la

(80) *Eccl.*, 12 de enero de 1946, págs. 7, 8 y 9.

(81) *Eccl.*, 19 de enero de 1946, págs. 7 y 8.

producción y goce de esos bienes; su moral y derechos, lo exigido por ese orden económico.

Frente al comunismo se alza la Iglesia como la primera reclamadora de los derechos del pobre y como la única capaz de mantener la justicia y la moralidad (82).

Pastoral colectiva de los Obispos de Polonia (1946).—Previene al pueblo polaco de la postguerra contra el ateísmo que se infiltra, aprovechando estos momentos de ansiedad y miseria. La nueva vida de Polonia debe fundarse sobre un espíritu verdaderamente cristiano, cuyos principios morales y religiosos son incommovibles.

“La técnica moderna no debe esclavizar el espíritu; el progreso no puede ser sinónimo de ateísmo... Una era sin cristianismo será una era de esclavitud para el individuo. Y esta era la patrocina una filosofía materialista. Ella quiere sustituir al cristianismo, pues, no obstante, los desastres que ha acarreado a la Humanidad, conserva el atractivo de la novedad.

Sin embargo, el cristianismo mantiene la supremacía, pues su moral y su ley arranca de Dios y se ajustan a la naturaleza y destino final del hombre. Así, al guardar las normas evangélicas, el cristiano no sólo conserva su naturaleza humana, sino que también intensifica sus cualidades naturales. La ética materialista, por el contrario, sólo nos ofrece una felicidad efímera, que degrada y humilla al hombre: placeres sensuales, codicia de riquezas, egoísmo..., caminos naturales de la anarquía y de la barbarie.

El mundo sin Dios, sin una moral firme, tiende irremisiblemente a la perdición; sólo el Evangelio de Cristo puede traernos la verdadera paz nacional e internacional (83).

Declaración colectiva del Episcopado norteamericano. (Asamblea anual, 1946).—Proclama como primera obligación de cualquier gobierno para con sus ciudadanos el respeto a los derechos y deberes del hombre como individuo y como miembro de la sociedad. Y critica duramente al totalitarismo soviético, porque no reconoce ni respeta las libertades de las naciones ocupadas, persiguiendo al ciudadano que se atreva a afirmar sus derechos innatos imponiendo al pueblo su propia concepción materialista del mundo. Alude a los millones de hombres retenidos en trabajos forzados lejos de su patria; a las deportaciones en masa; al aniquilamiento de la oposición...

Reconoce que el Estado puede pedir la cooperación de sus miembros a fin de lograr el bien común, pero no exigirla violando sus derechos políticos, sociales y religiosos; y declara, como verdades de evidencia inmediata, que el hombre ha sido creado con derecho a la vida, a la libertad y a la consecución de la felicidad.

(82) *Eccl.*, 16 de febrero de 1946, págs. 5, 6 y 24.

(83) *Eccl.*, 25 de mayo de 1946, págs. 5, 6 y 7.

Ve en el fondo de todos los problemas que agitan al mundo de hoy algo previo a resolver: el problema fundamental del hombre (84).

Pastoral de los Obispos yugoslavos. (Sagabria, 27 de agosto de 1946). Se angustia al ver las parroquias abandonadas, los sacerdotes cautivos, la pobreza de la Iglesia, la falta de libertad para exponer las verdades divinas... Reclama el derecho de los padres a la educación de sus hijos y su deber de educarlos para Dios de quien los han recibido; educación ésta que exige al hombre íntegro, que se compone de alma y cuerpo.

Fuera del cristianismo sólo encontramos la perdición: él es el fundamento de todo orden moral y social. Al faltar la religión desfallece toda autoridad humana—Benedicto XV—, quedando como único recurso la fuerza.

Y reclama también igualdad de derechos para el cristianismo en estos momentos en que está reducida la libertad a la proaganda materialista y atea (85).

Mensaje del Cardenal Cerejeira, Patriarca de Lisboa. (22 de febrero de 1947).—En el cristianismo han nacido los verdaderos valores humanos y sólo en él se pueden mantener.

El comunismo hace de la ciencia una religión y pone en ella la salvación de la Humanidad. Suplanta la Redención divina por una revolución social que logrará una Humanidad nueva. Desconoce la naturaleza humana, reduciendo al hombre a mera máquina económica y rechazando la realidad del espíritu.

Su "paraíso" comienza con la destrucción del hombre, con la destrucción de las clases "explotadoras" y de las instituciones que las sustentan: propiedad, familia, patria, religión y moral.

Hay incompatibilidad entre cristianismo y comunismo, pues nos separa y opone radicalmente la concepción de la vida, la idea del hombre, el problema de Dios y del alma humana, el Evangelio del amor...

Para vencer al comunismo hay que privarle de las armas de conquista (realizando reformas capaces de asegurar la justicia social) y formar cristianamente los espíritus. Uno de los méritos del marxismo fué evidenciar la importancia de las condiciones materiales en la vida individual y colectiva; claro que éstas no lo son todo, aunque constituyan un elemento esencial para el normal desenvolvimiento humano.

La dictadura proletaria no salvaría a los "desheredados": pasarían a ser con ella los esclavos del Estado. Sólo la Iglesia puede salvar los valores de la persona humana en los diversos órdenes: político, económico, religioso, social y cultural.

Como principio básico de la sociología cristiana se encuentra el derecho al uso de los bienes de la tierra, al que corresponde la obligación fundamental de conceder propiedad privada en cuanto sea posible a todos.

(84) *Eccl.*, 30 de noviembre de 1946, págs. 19 y 20.

(85) *Eccl.*, 5 de octubre de 1946, pág. 5.

Pero además del bienestar material falta algo sustancial para la paz de los espíritus: ese "suplemento del alma" que sólo el Evangelio puede facilitar. La Iglesia—y también aquí hay divergencia radical respecto del comunismo—no coloca el destino de los hombres en el bienestar material; y aun enseña que la raíz de la perfecta libertad y felicidad cristianas está en la "pobreza espiritual" (en el desapego de los bienes terrenos, por lo menos, del corazón) (86).

Carta pastoral de los Obispos holandeses. (Utrecht, 25 de enero de 1947).—El credo comunista está construido totalmente sobre la materia, que, movida por fuerzas ciegas, evolucionará originando la vida terrestre. Así no hay diferencia entre espíritu y materia, entre cuerpo y alma.

Y de la misma manera que en la naturaleza viva se libra una batalla entre fuertes y débiles, así también en el mundo social se da entre ricos y pobres. La lucha de clases es un elemento esencial del marxismo, que terminará con la liberación de los oprimidos. El comunismo patrocina el odio y la destrucción contra todo lo que se le oponga. Cuando triunfe, sobrevendrá el "paraíso" comunista, "en el que todos vivirán en comunidad, dichosos y en paz". Para el comunismo la religión es una invención de la clase dominadora que hace comprensible la opresión de la otra clase. Por eso no admite ningún poder espiritual, quedando su moral totalmente al servicio del proletariado y a las necesidades de la lucha de clases, y haciendo que el fin justifique los medios.

La Iglesia propone como remedio a esta catástrofe social la vuelta a Cristo, el amor cristiano entre los hombres inspirado en el Evangelio. Claro que este amor nunca será verdadero si no va acompañado de la justicia.

Al obrero no se le dará como limosna lo que tiene derecho a recibir. La justicia social exige dar a todos la posibilidad de hacerse un pequeño capital (87).

Carta colectiva del Episcopado de Polonia. (Jasna Gora, 8 de septiembre de 1947). En siete puntos resume la lucha del comunismo contra Dios y la Iglesia:

- 1.—Dios y los dogmas más sagrados de la religión y de la Iglesia son objeto de blasfemia en la prensa comunista.
- 2.—Una multitud de sectarios asalariados recorre las tierras comprando partidarios empobrecidos.
- 3.—Lucha contra la enseñanza católica.
- 4.—Educación pagana de la juventud.
- 5.—Profanación de los días festivos.
- 6.—Presión sobre la libertad de los ciudadanos para ingresar en partidos políticos cuyos principios son contrarios a la fe.
- 7.—Control, censura y limitación de la prensa católica, llevada a

(86) *Eccl.*, 1 de marzo de 1947, págs. 7 y 8; 8 de marzo, págs. 13-14.

(87) *Eccl.*, 15 de marzo de 1947, págs. 5 y 6.

cabo bajo el pretexto de lucha contra la ignorancia, superstición y atraso social (88).

Boletín oficial eclesiástico del arzobispado de Milán. (Mayo y agosto-septiembre de 1947).—En la nota 8 se lee:

a) Están condenados por la Iglesia quienes aceptan plenamente el comunismo o el socialismo marxista, tanto en su doctrina como en su programa político y económico. Están igualmente condenados los que, sin admitir plenamente el citado contenido ideológico, político y económico, admiten algunos postulados contrarios a la revelación como, por ejemplo, el divorcio, el laicismo, el amor libre.

b) Quien creyera que puede prestar adhesión a los mencionados sistemas solamente en el orden económico, cometería un grave pecado contra la fe.

c) Quien tuviera intención de prestar una adhesión exterior al socialismo y comunismo en vista solamente de algunas justas reivindicaciones, no quedaría libre de culpa (89).

Carta pastoral de Monseñor Provenchères, Arzobispo de Aix. (Diciembre de 1947).—Para dar un juicio cristiano sobre el comunismo hace cuatro distinciones:

1.^a Presentándolo como una doctrina materialista atea. En este aspecto entraña graves errores, sobre todo en lo que concierne a la dignidad de la persona humana, al papel de la violencia, naturaleza de la familia, concepción de la moral y de la verdad, lugar de la religión en la vida humana. Este comunismo ateo está condenado por la Iglesia (Pío XI).

2.^a Como un conjunto de actitudes prácticas, en política, táctica social... Aquí la Iglesia no tiene porqué pronunciarse directamente. Corresponde a los laicos juzgar estas actitudes de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia.

3.^a Como doctrina económica. También la Iglesia orienta, pero a los seculares pertenece imponerse en estos conocimientos.

4.^a Como movimiento que quiere tomar a su cargo las justas aspiraciones de la clase obrera. La Iglesia no se opone a estas aspiraciones del mundo obrero: a su elevación, liberación y justicia (León XIII, Pío XI y Pío XII). Pero no quiere para la creación de este orden social mejor una revolución sangrienta, sino basada en el amor fraternal (90).

Pastoral colectiva de los Obispos italianos. (Cuaresma de 1948).—El marxismo comunista quiere incorporar las aspiraciones de justicia y de respeto a la dignidad humana que el mundo anhela a su propaganda orientadora de los destinos de la Humanidad hacia una sociedad regida por las necesidades naturales. Y, ante esto, conviene denunciar el peligro que corre la libertad del hombre y su patrimonio espiritual y eterno.

(88) *Eccl.*, 20 de octubre de 1947, págs. 7 y 8.

(89) *Eccl.*, 29 de noviembre de 1949, págs. 9 y 10.

(90) *Eccl.*, 10 de enero de 1948, pág. 5.

El camino para satisfacer las legítimas exigencias que agitan a nuestra sociedad está ya trazado; lo que hay que hacer es aplicarlo.

La riqueza es un medio para que el hombre se perfeccione y llegue a su justo plano; como ser vivo y dotado de razón ha recibido de la naturaleza el derecho a usar de los bienes de la tierra y a poseerla. No puede aceptar el monopolio de la riqueza en manos de unos pocos. Todo individuo tiene derecho natural a hacer de su trabajo un medio para proveer a su vida y a la de sus hijos. En esta renovación social la idea de justicia siempre debe completarse con la caridad. El odio no destruye (91).

Carta del Episcopado polaco. (Cracovia, 15 de abril 1948).—Se lamenta de la intensa propaganda de una ideología materialista, coincidiendo con la reconstrucción del país. Pues el materialismo rechaza la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el mundo sobrenatural, la religión, la revelación, la Redención, la Iglesia, la oración, los sacramentos, la moral cristiana, los mandamientos divinos y los principios eternos. Profesa el culto de los valores temporales, el goce sensual, la lucha por el bienestar material, el odio... Sólo la materia es real; el hombre debe entregar su vida a la evolución material del mundo; es complemento y servidor de la materia. Es útil en cuanto tiene fuerzas para producir.

Propugna una "refundición total de la conciencia humana", sin Dios y sin religión.

Pero la Iglesia habla de otra manera. No cierra los ojos a los deberes temporales. Realiza al hombre total, que colabora con la naturaleza y con la gracia, con la ciencia y con la fe. No sólo el cuerpo necesita alimento, sino también el espíritu. Nos recuerda que hay que respetar la dignidad humana y guardar el precepto de la caridad evangélica, la justicia y la verdad (92).

Procedimientos soviéticos contra la Iglesia: Su oposición por la violencia.—Puede verse en los siguientes documentos:

Carta pastoral del Cardenal Tisserant. (Cuaresma de 1949.)

(*Ecclesia*, 23 de abril de 1949, págs. 7, 8 y 9.)

Carta pastoral colectiva del Episcopado checo. (Praga, 15 de junio de 1949.)

(*Ecclesia*, 2 de julio de 1949, pág. 8.)

Cartas de monseñor Beran, Arzobispo de Praga (17 de mayo de 1949), al presidente Clement Gottwald; al ministro de Transportes, Alois Petr, jefe del Partido Popular; al ministro de Instrucción, Zdenek Neicdly.

(*Ecclesia*, 9 de julio de 1949, págs. 7, 8, 9 y 10.)

Última pastoral colectiva del Episcopado checo. (Praga, 15 de junio de 1949.)

(*Ecclesia*, 9 de julio de 1949, págs. 10, 11, 12 y 13.)

(91) *Eccl.*, 28 de febrero de 1948, pág. 7.

(92) *Eccl.*, 17 de julio de 1948, págs. 7 y 8.

Carta pastoral colectiva del Episcopado portugués. (Navidad de 1949.)

Presenta el comunismo como una floración del ateísmo moderno, al que ofrece una doctrina y un método de acción. No se proyecta tan sólo el campo económico social, sino que pretende ofrecer la solución cabal del problema humano.

Y afirma que “el comunismo existente, el comunismo concreto de nuestros días, es esencialmente anticristiano”, pues se alimenta en el materialismo dialéctico. Claro que este anticristianismo es sólo una parte de su programa antirreligioso. Y por eso nunca logrará esa “liberación” del hombre, pues “donde no hay Dios, tampoco hay lugar para la persona humana”: “inmolado a la clase, no tiene contra ella ni verdad, ni derecho, ni conciencia” (93).

Pastoral colectiva de los preladados escoceses. (12 de febrero de 1950.)

En ella hacen saber a los fieles que “ni los comunistas ni los ateos materialistas pueden ser votados por los católicos”. Y esto porque “nadie puede votar a aquellos partidos o candidatos que sean opuestos a la doctrina de Dios y de su Iglesia”. (Fue hecha esta advertencia con motivo de las elecciones generales que tendrían lugar el 23 del mismo mes.)

Después analiza los fundamentos de toda política, haciendo ver así los errores que entraña el comunismo (94).

Memorándum del Episcopado polaco, denunciando los ataques comunistas polacos. (Czestochowa, septiembre de 1950.)

Señala la aniquilación de las escuelas católicas, confiscación de los hospitales, imprentas, asfixia del culto y de la Prensa, propaganda antirreligiosa y atea (95).

Mensaje del Cardenal Primado de Toledo. (Toledo, 26 de febrero de 1951.)

En él, el Cardenal Pla y Deniel denuncia la persecución religiosa comunista, protestando contra la dictadura tiránica que ejerce sobre tantas naciones y contra la negación de las libertades humanas (96).

Pastoral colectiva del Episcopado chileno. (1951.)

Señala al comunismo como campo de ataque a nuestra fe, y recuerda que “incurren en excomunión, como apóstatas de la fe católica”, los fieles que profesan la doctrina comunista, materialista y anticristiana, y especialmente los que la defienden y propagan.

Apuntan como circunstancia favorable de la seducción comunista la grave crisis actual económico-social (97).

(93) *Eccl.*, 7 de marzo de 1950, pág. 9.

(94) *Eccl.*, 4 de marzo de 1950, pág. 6.

(95) *Eccl.*, 18 de noviembre de 1950, pág. 9.

(96) *Eccl.*, 3 de marzo de 1951, pág. 7.

(97) *Eccl.*, 2 de julio de 1951, pág. 9.

4. *Expiación del crimen de ateísmo.*

Uno de los documentos más impresionantes de la Iglesia Católica en los últimos tiempos es la Exhortación Apostólica de Su Santidad Pío XII sobre la *Expiación del crimen de ateísmo*, en la cual se alude, sin duda, aunque no exclusivamente, a la lucha satánica de los *Sin Dios*. “Nos sentimos invadidos por la tristeza y por la angustia—dice el Santo Padre—cuando percibimos que la iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos... Creemos, en verdad, venerables hermanos, que esto no sucede sin la insinuación engañosa del enemigo infernal de quien es propio odiar a Dios y hacer daño a los hombres.”

Este ateísmo y el odio contra Dios, es, sin duda, el mayor crimen de los tiempos actuales, “con el cual está infectado el presente siglo y por el cual merece formidables castigos”. Por eso dice el Papa: “nos causa horror, venerables hermanos, tener que referir este delito, pero por el deber de nuestro cargo apostólico nos es imposible callar. Este descuido y menosprecio, que fué el primer delito del hombre al revelarse contra el divino mandato, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y se ensaña como enfermedad virulenta por casi todas las partes de la tierra, pero sobre todo en algunas regiones, a causa de la conjuración levantada contra el Señor y contra la Iglesia. (Ps. 2,2.) Priva al hombre de Dios y le roba así su dignidad espiritual, le hace juguete innoble del materialismo y destruye totalmente todo lo que sea virtud, amor, esperanza y hermosura de la vida interior. Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios.

“Con la suma impudicia que les caracteriza, los que odian a Dios echan mano de todo género de armas y recursos, de libros, folletos, publicaciones, periódicos, emisiones radiofónicas, mítines, reuniones públicas y conversaciones privadas, ciencia y arte; de todo se sirven para infundir el desprestigio de las cosas sagradas.” (98).

5.—*Decreto de la Congregación del Santo Oficio, referente al comunismo.*

El 1 de julio de 1949, la Santa Sede contestó a varias preguntas que le habían sido dirigidas:

1) Si es lícito inscribirse en partidos comunistas o prestarles apoyo.

Responde *negativamente*: el comunismo es materialista y anticristiano. Además, los jefes comunistas, aunque afirmen a veces que no se oponen a la religión, sin embargo, con la doctrina y la acción, se muestran hostiles a Dios, a la religión y a la Iglesia de Cristo.

2) Si es lícito publicar, difundir o leer libros, periódicos, diarios u

(98) *Eccl.*, 19 de febrero de 1949, pág. 6.

hojas volantes que cuestionen la doctrina o las prácticas del comunismo o colaboren en ellos con sus escritos.

Responde *negativamente*: Porque están prohibidos por el mismo Derecho canónico. (Canon 1399.)

3) Si los fieles que llevan a cabo consciente y libremente actos de los que se habla en los números 1) y 2) pueden ser admitidos a los sacramentos.

Responde *negativamente*: De acuerdo con los principios que rigen la negación de los sacramentos a aquellos que no tienen la necesaria disposición.

4) Si los fieles que profesan la doctrina del comunismo materialista y anticristiano, y, sobre todo, aquellos que las difunden o se hacen propagandistas de ella, incurren, "ipso facto", como apóstatas de la fe, en la excomunión reservada *de modo especial* a la Sede Apostólica.

Responde *afirmativamente*.

Estas respuestas de los padres encargados de la defensa de las cosas que pertenecen a la fe y a la moral, fueron aprobadas por Su Santidad Pío XII—el día 30 de junio de 1949—, ordenando que se publicaran en las "Acta Apostolicae Sedis". (99.)

Según los comentaristas, esta declaración del Santo Oficio constituye una regla teológico-pastoral, y no debe considerarse como un pronunciamiento estrictamente jurídico; y la razón es el estar este decreto redactado en forma extraordinaria, pues en él se explican las razones de la decisión tomada. Así, a la primera pregunta (si es lícito o no alistarse y favorecer al partido comunista), no se limita a contestar que no, sino que añade: "Porque el comunismo es materialista y anticristiano."

Como conclusión de esta larga conversación con los escritores católicos sobre el comunismo, podemos dejar sentada esta doble afirmación:

Primera, *que el comunismo es el verdadero opio del pueblo*, y segunda, *que la Iglesia católica es la única fuerza moral sólida del mundo que se ha opuesto decidida y eficazmente al comunismo*.

El entusiasmo que logra despertar en las grandes masas constituye un verdadero narcótico que las arrastra a las actuaciones más irracionales e injustas por el señuelo de una futura liberación cada vez más lejana. "El comunismo es un narcótico para las masas, en el sentido de que apaga y paraliza la *inteligencia humana*. Un narcótico es una droga que extingue las más altas facultades intelectuales del hombre, pero permite el funcionamiento de las inferiores, tales como las vegetativas y las animales. Bajo la influencia de una droga un hombre no puede pensar, pero sí respirar; no puede querer, pero sí digerir; no puede seguir un proceso de razonamiento, pero su sangre circula. Ya no es un hombre, sino un animal. El comunismo es una droga en el sentido de que destruye totalmente la razón. Bajo su vigencia, un hombre no puede tomar decisiones por sí mismo, sino que debe aceptar las tomadas por el dictador; no tiene concien-

(99) *Eccl.*, 23 de julio de 1949, pág. 9.

cia, porque sólo existe la conciencia del Estado; no tiene ideas personales, porque sólo existe un pensamiento fiscalizado por el Estado. Por eso se embrutece tan a menudo los comunistas: tan pronto saludan amistosamente a los nazis como vociferan que son sus enemigos; tan pronto elogian al jefe del comunismo norteamericano, calificándole de gran pensador, como, cuando aparece un artículo en un semanario francés inspirado por Moscú, 59 de los 60 miembros del Comité Ejecutivo lo censuran como enemigo de la línea partidaria". (100).

Si la Iglesia lo combate con todas sus fuerzas, no es porque sea aliada del capitalismo y defensora de la economía liberal imperante. Ella repudia todas las falsas doctrinas y condena todas las injusticias. Con el comunismo no se enfrenta porque sea anticapitalista, ni mucho menos porque defienda a la clase trabajadora y oprimida, sino porque él es el capitalismo más injusto que jamás haya soñado la humanidad y el opresor más sin entrañas de los trabajadores. Mucho menos se opone la Iglesia al comunismo ruso porque sea enemigo de Rusia. "La Iglesia—dice Mons Fúlton—no se opone al comunismo porque crea que Rusia es el enemigo del mundo. La Iglesia distingue entre una ideología y un pueblo. La ideología es mala; el pueblo, bueno. En realidad, sólo el tres por ciento del pueblo ruso pertenece al partido comunista..., y no existe otro partido al cual pueda pertenecer. En otros términos: en Rusia hay unos 194.000.000 de personas que no son miembros del único partido al cual se le permite existir... El día en que el pueblo ruso se libere del yugo de la esclavitud, el terrorismo y la Policía secreta, habrá menos necesidad de educarlo en el camino de la Cruz que a nosotros: sus reprimidas aspiraciones espirituales cuajarán entonces en un cristianismo que será un modelo y una inspiración para el mundo." (101).

Efectivamente, más adelante expone este ilustre autor las grandes cualidades del alma rusa, que justifican este optimismo, y que son su profundo sentimiento religioso, su capacidad de dolor y de sufrimiento y la fraternidad y solidaridad con sus prójimos. Ojalá este futuro esplendor del gran pueblo esclavizado no esté muy lejano.

FR. B. LLAMERA, O. P.
Profesor de Sociología.

(100) MONS. FULTON: *Ob. cit.*, pág. 89.

(101) *Ob. cit.*, pág. 82.